IMPRENTA Y LIBRERIA
DE
CARLOS PRINCE
LIMA
74 VERACRUZ 74

Class PQ8497
Book C59E4

GPO

EDGARDO

Ó

UN JOVEN DE MI GENERACION

ROMANCE AMERICANO-ESPAÑOL

POR

LUIS BENJAMIN CISNEROS.

PARÍS

LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.

—

1864

PQ8497
.C59E4

In Exchange
The Commercial Museum
May--1928

M.L.T., May 29/30

A

JOSÉ CASIMIRO ULLOA.

un poco enjuta, manifestaba en la flexibilidad de su talle, en la ligereza de sus movimientos y en la viveza de sus miradas una agilidad que sus mejores años no le habian arrebatado consigo. La jóven, un poco alta, fresca, delicada, caminaba graciosamente acompañando el paso de su madre. La armonía de sus pisadas y la modestia de su actitud revelaban cierta severidad que la expresion de su rostro, natural ó estudiada, no desmentia. La pureza de sus facciones, el resplandor risueño de su fisonomía, el suave matiz de sus colores, un tanto pronunciado por el carmin de sus mejillas, y el fuego adormecido de sus negros ojos, hacian reconocer á primera vista que se hallaba en aquella hora suprema de la vida

en que la mujer ha llegado, con todos los encantos de la virginidad, á la plenitud de la belleza y de la juventud. La expresion severa, candorosa y dulcísima de esta hermosura tenia algo de angelical. Al verla se hubiera pensado involuntariamente en que ese tipo ideal y sagrado de belleza y de virtud evangélica, que se llama en nuestras tradiciones religiosas *Santa Rosa de Lima,* no ha muerto y vive aun en las generaciones de su patria.

Al llegar al frente de una de las casas de la calle, la madre y la hija dirigieron la vista hácia una de las dos ventanas de hierro de la fachada de la casa. En las ventanas se veia un papel, pegado en medio

de la reja. Ambas se avanzaron de frente hácia ella. La jóven se adelantó, y despues de haber atravesado una débil y dislocada tabla que servia de puente al cauce de la acequia, tendió la mano hácia la anciana y le dijo con voz un poco acentuada :

— Por aquí, mamá.

La anciana tendió la mano hácia la jóven y un momento despues ambas se encontraron delante de la reja, interrogando con la mirada todas las condiciones de las piezas que se ofrecian en arrendamiento y que al parecer podian convenirles.

— Entremos á preguntar, — se dijeron ambas á un mismo tiempo; — y atravesando

el patio de la casa se encaminaron hácia la puerta, ó mejor dicho hácia la mampara cerrada de la sala, guarnecida por cortinas de seda oscura. El silencio, la limpieza, el aspecto de tranquilidad que daban al exterior las puertas cerradas, revelaban los hábitos de órden y el aislamiento de las personas que allí vivian. Antes de que llegáran á esa galería ó vestíbulo construido al aire libre y comun á todos los países calurosos que en Lima se llama *corredor,* la madre y la hija distinguieron en el interior de la sala y al través de las cortinas una persona que trabajaba al pié de la ventana y que al fijarse en ellas se levantaba precipitadamente. Casi al mismo tiempo apareció en el dintel de la puerta una mulata obesa, escru-

pulosamente vestida en el traje de las mujeres de su clase y en quien se revelaban á primera vista todos los signos infalibles de la beata y de la ama de llaves.

— ¿Vds. vienen á preguntar por las piezas de reja? — dijo la mulata; el *señor* quiere mejor alquilarlas á un hombre solo que á una familia; pero si Vds. quieren verlas, todavía están libres.

— ¿Cuántas piezas son?

— Son tres, y además una cocina, un pequeño corral y un gallinerito.

El lector perdonará la minuciosidad de estos detalles; ellos prueban la exactitud histórica del episodio que referimos.

— Voy á prevenir al señor y á traer las llaves.

La criada invitó á sentarse á la anciana y á la jóven, que se instalaron un instante en la sala en la actitud insegura del que espera.

Cuando, despues de haber recorrido una á una las habitaciones prontas á alquilarse y de haberse informado de las principales condiciones, la madre y la hija volvieron á entrar en la sala, salia á ella de una de las habitaciones interiores un hombre como de unos cincuenta años, en quien ambas reconocieron, á la primera mirada, al respetable propietario de la casa. El propietario, cuyas esperanzas no se sintieron satisfechas

al notar el aspecto humilde de las dos desconocidas, las saludó con benevolencia, y la madre comprendió que iba á entenderse con una persona amable y accesible.

— ¿Las piezas de reja convienen á Vd., señora? — interrogó el propietario á la anciana.

— Sí, señor, pero yo quiero saber el último precio, — dijo esta dando á su voz la inflexion mas suave y con el énfasis de una persona que desea hacer ver que conoce, ó ha conocido alguna vez los modales finos de la buena sociedad.

— ¿Dónde vive Vd. ahora?

— Por san Bartolomé! tambien en una ventana de reja.

— ¿Vive Vd. sola con su hija?... porque supongo que esta señorita es hija de Vd. — dijo el interlocutor restregándose las manos y fijando en la jóven una mirada escudriñadora que ella evitó bajando los ojos.

— No, respondió la madre, tengo tres hijas y una criada.

— Son muchas personas para solo tres piezas, — dijo vivamente el propietario con un tono seco que encerraba la intencion irrevocable de una negativa.

— Cuando una es pobre se arregla como

puede, replicó humildemente la anciana.

— ¿La gracia de Vd., señora?

— Inés Liseña, viuda del Mayor Lorbeza.

— ¿Del sarjento mayor Lorbeza que murió en la batalla de Guia?

— Del mismo.

— ¡Oh, señora! — dijo el propietario que hasta entonces habia permanecido de pié, dando un paso hácia atrás y sentándose en un canapé como un hombre cuyas impresiones toman de repente un giro inesperado, — Vd. es viuda de uno de mis mejores y mas antiguos amigos; alguna vez ha debido Vd. haberle oido hablar de mí, de Julian Arasnegui. Hemos sido condiscípulos

en el seminario de Trujillo y hemos servido juntos en la guardia nacional el año de 182... cuando Lorbeza comenzó su carrera.

La pobre anciana se sintió turbada. El sentimiento de su pobreza y de su desgracia habian aumentado siempre en su alma la religion y la ternura por el recuerdo de su marido. La madre y la hija, con los ojos fijos en el suelo, no sabian qué responder. Don Julian vió surgir una lágrima del corazon á los ojos de la viuda, y comprendió que, por un exceso de sensibilidad, el recuerdo de su marido le era aun muy doloroso.

— Si no me engaño, Vd. debe tener un montepío? — preguntó con solicitud el señor

Arasnegui, tanto por interés sincero cuanto por dar otro giro á la conversacion.

— Sí, señor, tengo mi montepío que cobro del Tesoro con regularidad; con él y con lo que ganamos nos mantenemos... porque... como mis hijas cosen...

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono indeciso entre la modestia y el orgullo. Habia en ellas la humildad del que se siente agobiado por la escasez de sus recursos y la satisfaccion del que gana el pan de la vida con el trabajo material, al mismo tiempo que el deseo de hacer ver al hombre á quien se dirigian que, á pesar de la mala fortuna, ella y sus hijas habian sa-

bido vivir hasta entonces en las tradiciones de honradez del nombre que llevaban.

— ¡Ah! las niñas cosen,— dijo el propietario con un acento casi familiar y sinceramente interesado ya en la conversacion. — ¿Ninguna es casada?

— Ninguna. Sin embargo dos de ellas están ya en edad de tomar estado. La que Vd. ve se llama Adriana y tiene diez y siete años; Cármen, su hermana mayor, tiene diez y ocho; la menorcita, Eduvigis, que nació despues de muerto su padre, va á cumplir catorce.

— ¿Y porqué se muda Vd., señora, de la casa que ocupa?

— Porque vívimos en una ventana de reja que da frente á frente al hospital de San Bartolomé, y esta vecindad no me conviene con tres niñas doncellas. No sé si Vd. ignora que Lorbeza murió en ese hospital y que murió por falta de cuidados; cuando fuimos á vivir allí, este triste recuerdo vino naturalmente á mi memoria, y mis hijas hicieron el voto de visitar á los enfermos una vez por semana á fin de procurarles todos los auxilios que pudieran necesitar y que nuestros recursos permitieran. Así ha sido durante tres años, pero esta caridad de nuestra parte nos trae con frecuencia relaciones desagradables.

— Pero, señora, dijo D. Julian sonriendo,

todo eso puede evitarse suprimiendo las visitas de las niñas al hospital y exigiendo un poco de severidad en su conducta.

— No, no, señor, continuó Dª. Inés; mientras permanezcamos allí, estoy segura de que las oficiosidades para con los enfermos y las molestias para mí no tendrán fin; demasiado he hecho ya para que cesen; quiero evitar las habladurías en el barrio al mismo tiempo que toda tentacion desgraciada, porque mi cuidado ante todo es conservar á mis hijas, aunque pobres, honradas y virtuosas.

Bajo la primera impresion, D. Julian habia encontrado un poco original este motivo para cambiar de casa; pero por el sentido

de las últimas palabras comprendió que la pobre viuda tenia alguna causa secreta y fundada para alejarse de la vecindad peligrosa de un lugar frecuentado por militares.

— Si viniera Vd. á vivir aquí, pienso, señora, que no recibiria Vd. visitas frecuentes de ningun hombre, y mucho menos, visitas de oficiales.

— ¿Visitas de oficiales?... ni de uno solo, — replicó Dª. Inés, que, al oir estas palabras, vió un cambio favorable en las disposiciones del propietario y la probabilidad de obtener las piezas bajo las condiciones que deseaba.

— Por ese lado puede Vd. estar tranquilo.

Cualquiera que hubiese observado á la bella jóven que escuchaba silenciosa este diálogo, habria notado lo embarazado de su actitud al oir que el propietario interrogaba á su madre sobre los motivos que tenia para buscar nueva casa. Sus miradas habian buscado dos ó tres veces las de la anciana con la intencion visible de prevenirle que una palabra mal interpretada podia comprometer la dignidad de sus hijas ante un desconocido. El miedo de una indiscrecion maternal la agitaba sin duda. En vano trató de disimular su turbacion arreglando como distraidamente los pliegues de su traje. Cuando Dª. Inés pronunció las palabras *ni uno solo,* sus labios temblaron casi imperceptiblemente, y haciendo un esfuerzo interior para

dominar sus emociones, tomó un aire apacible de resignacion.

El diálogo entre Dª. Inés y D. Julian continuó bajo un tono mas bien amistoso que de dos personas que acaban de conocerse. Los recuerdos que las primeras palabras trajeron á la memoria de ambos los habian predispuesto á la familiaridad y á la franqueza. D. Julian concedió las piezas á la viuda de su antiguo amigo bajo las mas favorables condiciones. Sus intereses de propietario no tuvieron grande resistencia que vencer para contentar á la desvalida viuda, pues las piezas se encontraban vacías, con perjuicio de sus rentas, hacia algunos meses. Las piezas no reunian todas las condiciones precisas de

holgura y salubridad; ellas eran sin embargo un verdadero hallazgo para la pobre familia. Las prevenciones sobre la regularidad de la vida y sobre el sosiego habitual de la casa no cesaron de multiplicarse.

Adriana hizo notar á su madre que la hora avanzaba. Ambas se levantaron para despedirse.

—Entonces... dijo Dª. Inés al ponerse de pié como esperando la última palabra sobre todo lo hablado.

— Todo queda convenido y arreglado, señora; las piezas están desde hoy á la disposicion de Vd. y desde el primero correrán de su cuenta. Venga Vd. á habi-

tarlas cuanto antes. Aquí trataremos de casar á las niñas, y si las tres son como la muestra, no creo que tendrá Vd muchas dificultades.

La hilaridad fué general.

El señor Arasnegui no era un viejo seco ni un hombre de una severidad imperturbable ; su espíritu se inclinaba por el contrario, en medio de la familiaridad, á la chanza delicada. Poseia lo que se llama un carácter feliz ; siempre de buen humor, de un temperamento franco y simpático, tenia el privilegio de esos hombres que saben chancear sin ofender y reir sin sarcasmo.

Don Julian acompañó sus nuevas inquilinas hasta la puerta de la sala con toda la

cortesía del hombre que se esmera en llenar los deberes de la buena educacion. Los tres interlocutores salieron de la sala y se detuvieron un instante en el corredor para cambiar las últimas palabras. Antes de separarse, el propietario fijó en el rostro de Adriana dos ó tres miradas que bien habria podido suprimir sin faltar á las leyes de la galantería. Esas miradas nacian de un sentimiento ingenuo de admiracion y de súbito entusiasmo por la criatura que tenia ante los ojos. Hubiérase dicho que, dudando de la belleza divina que acababa de ver entre las sombras y á la luz amortiguada de su sala, queria contemplarla, para convencerse de ella, en pleno dia y al ardiente resplandor del sol.

Don Julian se quedó viendo, en una actitud meditativa y al través de las celosías, el talle de las dos personas que se alejaban. Su corazon se sentia satisfecho de la buena accion que acababa de hacer. Esta desgraciada familia que se mantenia de su trabajo; estas tres jóvenes consagradas, por un sentimiento de amor hácia la memoria de su padre, á auxiliar á los enfermos de un hospital; la ternura de esta anciana por el recuerdo de su marido; las reminiscencias de la juventud que la conversacion con Dª. Inés le habia traido, habian pasado en su espíritu como una vision de bien y habian llevado á su corazon, con las primeras impresiones de la mañana, como un soplo fresco de consuelo y de tranquilidad en

medio de las monótonas tareas de la vida ordinaria.

— Aun hay en el mundo, se dijo á sí mismo, una madre y tres hijas que pasan cosiendo los dias y las noches para vivir honradamente!

Y como el antiguo seminarista tenia sus puntas de filósofo, agregó, contento de la idea que le venia y hablando siempre consigo mismo:

— « ¡ La exclamacion de Bruto : — Virtud, tú no eres sino un nombre! » — no solo es una blasfemia contra la Providencia sino una calumnia contra el género humano.

II.

Cuando Dª. Inés salió de casa del señor Arasnegui, la pobre anciana temblaba casi de gozo. Don Julian habia conquistado en una hora todo su afecto. Él mismo no sabia todo el bien que habia hecho á esta infortu-

nada familia, y solo ella en su calidad de madre podia comprenderlo. Lo que sentia por él no era la gratitud natural por el favor que le concedia, sino el reconocimiento efusivo del pobre cuando el hombre rico y dichoso lo trata con benignidad y deferencia. La pobreza la habia sepultado con sus hijas en un aislamiento completo, y hacia mucho tiempo que no se veia tan bien acogida cuando la casualidad ú otra circunstancia la llevaba á casa de alguna persona de representacion ó de fortuna. La pobreza se consuela con estas cosas; el interés y la simpatía del rico redimen en un instante para ella las humillaciones y los dolores de todos los dias.

Las buenas maneras del señor Arasnegui

la habian seducido. El antiguo amigo del Mayor Lorbeza era en efecto un hombre simpático y afable. Su fisonomía siempre sonrosada; sus pequeños ojos azules alegres y vivaces; sus cabellos blancos naturalmente ó por la edad, cortados casi á raíz; una cabeza ancha y poco menos que redonda; un rostro abierto y risueño; su manera de vestir irreprochable en cuanto á la severidad y á la limpieza; cierta locuacidad habitual, que en las conversaciones familiares se confundia con la elocuencia; una notable espiritualidad para relatar anécdotas graciosas é historietas domésticas; todo esto reunido hacia del señor Arasnegui un hombre agradable, decidor y atractivo, al mismo tiempo que un personaje serio y de respeto.

— Gracias á Dios! ya tenemos casa, — dijo la madre á la jóven cuando estaban algo lejos.

— Al fin descansará Vd. de estas fatigas y nos veremos libres de todo disgusto, — contestó la hija con un tono de amabilidad.

Como Adriana no pronunciaba una sola palabra, Dª. Inés, que comprendia perfectamente y disimulaba la causa de este silencio, no habia querido ser la primera en iniciar la conversacion. La necesidad de comentarios sobre todo lo que acababa de pasar se sobrepuso sin embargo á sus reflexiones. Como acabamos de verlo, la madre dirigió al fin á la hija una frase que Adriana se habia apresurado á contestar de una manera

que, al mismo tiempo que dejaba entrever el sentimiento secreto que la dominaba, se confundia con la solicitud por el reposo y el bienestar de su madre.

A pesar de esta mutua disposicion de espíritu, la conversacion entre ambas se animó poco á poco. Las reflexiones sobre la disposicion de las piezas, sobre la distribucion de los muebles en ellas, sobre las ventajas de vivir en una casa tranquila y que llevaba un nombre respetable, sobre las condiciones del arrendamiento, pasaron sucesivamente y terminaron por hacer objeto principal de la conversacion al bondadoso propietario.

Dª. Inés no carecia de mundo ni del

discernimiento preciso para apercibirse de la viva impresion que Adriana habia producido al señor Arasnegui y del secreto y mal comprimido entusiasmo con que habia contemplado su belleza. Las emociones de la mañana habian predispuesto á la infortunada viuda á la esperanza y á todas las ideas halagüeñas. En un instante en que ambas caminaban en silencio, las reflexiones se agolparon á su mente, y por esta ley fatal que hace que un incidente dichoso lleve nuestras aspiraciones á una dicha casi inaccesible, la fantasía comenzó á halagar sus mas ardientes é íntimas aspiraciones: Dª. Inés se puso á soñar. El señor Arasnegui se presentaba á sus ojos como el modelo mas cumplido del hombre acomodado y de mundo; era soltero,

jóven aun, si se quiere, y poseia un corazon bondadoso. La pobre viuda se preguntó si la admiracion por su hija no podria convertirse en una pasion verdadera, si el hombre que acababa de procurarle un beneficio inestimable no era capaz de todas las acciones buenas y generosas, y si D. Julian no podia llegar á ser un dia, con el tiempo y la intimidad, un buen marido para Adriana y el amparo honroso de toda la familia.

Entretanto, Adriana caminaba tambien pensativa y cavilosa; su espíritu se hallaba absorbido por un pensamiento triste y amargo; por momentos se reconocia en su marcha la impaciencia por llegar. De tiempo en tiempo sus ojos tomaban la inflexion de

la persona que piensa en algo, que desea y que invoca en silencio la realizacion de su pensamiento.

Cuando Dª. Inés y Adriana llegaron á su casa era mas de medio dia; casi en medio de la sala se veia una mesa dispuesta para el almuerzo; antes de que la familia se instalara ante ella, Adriana quiso doblar y guardar el *pañuelon* que la cubria y se dirigió á uno de los dormitorios.

Cármen buscó otro pretexto para seguirla y entró á la misma pieza. Ambas dirigieron una mirada hácia fuera para ver si álguien las observaba. Adriana dijo á su hermana mayor:

— ¿No ha venido?

— Sí; apenas ha tenido tiempo para hablar conmigo unas cuantas palabras; me ha dejado una carta para tí. Pobre hombre! tenia los ojos colorados como fuego; se conocia que no habia dormido en toda la noche. Aquí está la carta.

A pesar de la seguridad de que nadie las observaba, Cármen se aproximó todo lo posible á su hermana; sus manos se tocaron precipitadamente entre los pliegues confundidos de sus trajes, y la carta pasó á la de Adriana. Cármen salió casi corriendo para no dar lugar á la menor sospecha.

El almuerzo se pasó en la descripcion del nuevo departamento, en el relato de todo lo que habia acaecido, en la repeticion de cada

una de las palabras del señor Arasnegui y en la prevision de los preparativos para efectuar la mudanza. Adriana no tomó sino unos pocos bocados, ó mejor dicho, fingió tomarlos, y eso por las instancias y las observaciones de Dª. Inés.

Cuando el almuerzo hubo terminado y cada uno buscó su silla de trabajo, Adriana habló de su cansancio y de la necesidad de cambiar de vestido y de calzado para trabajar con desahogo.

La jóven tuvo cuidado de cerrar la puerta al entrar á su cuarto. Al verse libre lanzó un profundo suspiro como para dilatar su corazon oprimido. — « Qué me dirá en esta carta ? » se preguntó ; pálida de emocion,

se recostó en un canapé, abrió la carta que su hermana le habia dado y leyó :

« Mi adorada Adriana.

» Creo que en adelante me será muy difícil verte y hablarte, y por eso te escribo. Tengo muchas cosas que decirte. Quiero consolarte y, si es posible, consolarme.

» ¿ Quién ha podido decir anoche á tu madre que yo estaba en casa de Vds? Alguien ha debido de prevenirla para que haya entrado y pasado por en medio de todas Vds. sin decir una palabra, yendo directamente, como lo hizo, á la recámara en que yo me hallaba oculto. Al verla entrar en la oscuridad creí que eras tú que venias,

y salí á su encuentro. Mi sorpresa fué terrible. Todos queríamos evitarle un momento de disgusto escondiéndome al saber que volvia, y la fatalidad quiso que le procuráramos una noche de irritacion, de imprecaciones y de siniestras dudas que, lo comprendo, son crueles y desesperantes para el corazon de una madre.

» Tú sabes que nada de lo que me dijo Dª. Inés puede ser cierto. Solo tengo veinte años, y apenas hace catorce meses que me separé de mis padres y salí de mi provincia para venir á Lima con mi batallon. ¿Quién le ha dado tan absurdos informes sobre mi persona? Por eso, todo mi empeño fué explicarle ingenuamente lo inocente de

mi presencia en su casa y en tu cuarto.

» Yo soy tal vez un poco candoroso al hablarte, Adriana, de cierto género de sentimientos; pero en todo hombre hay dos seres, uno para la mujer que ama, otro para los que nos rodean. Mi sueño ha sido siempre amar una vírgen bella, purá, tierna, angelical como tú; yo no me he dejado arrastrar como casi todos los jóvenes, que entregan su corazon á la primera mujer hermosa que les abre el seno para recibirlo. Yo no he conocido hasta ahora sino la vida de familia y apenas conozco la vida de cuartel. En medio de las tentaciones fugitivas, yo he conservado mi corazon vírgen y entero para el ideal de mis sueños.

» Ese ideal eres tú. Todo el amor de mi vida acumulado para ese ideal se ha reconcentrado en tí. Yo te amo con la pasion y el delirio ardiente de una juventud que ha vivido contenida y que se desborda. Este amor es verdadero, porque no solo nace del sentimiento sino de la reflexion que lo fortifica y lo bendice. Nadie ni nada podrá arrancarlo de mi corazon. Si tú me amas, ámame de la misma manera, es decir, con todo el sentimiento de que eres capaz.

» Tú conoces mis proyectos; mi único deseo es el de avanzar en mi carrera y el de volver á ver á mis padres antes de que se cumpla el término de que te he hablado. Yo

haré todo lo posible para lograr ambas cosas. Esperemos en Dios !

» He sentido la necesidad de escribirte, y me he puesto á hacerlo para desahogar mi dolor. En tus horas de desaliento y de desesperacion tú recordarás tal vez esta carta, y leyéndola de nuevo tendrás fe en mi palabra y te consolarás de tantas amarguras.

» Entretanto no te impacientes; cuando hayan pasado algunos dias, procuraré verte sin que nadie se aperciba de ello ; yo mismo te prevendré ó te haré prevenir de antemano para que nos hablemos aunque sean dos minutos.

» Son las dos de la mañana. Estoy de guar-

dia y te escribo en la prevencion. Me hallo bajo las vivas impresiones de la primera noche y aun te veo delante de mí, sentada en una silla y cubierta de lágrimas. Los gritos sucesivos de los centinelas resuenan á cada momento en los patios del cuartel, y por una extraña fantasía me parece que cada uno de esos gritos dijera : « Adriana ! » Las voces, cada vez mas lejanas, encuentran su último eco en mi corazon.

» En la mañana iré á entregarte ó á entregar á una de tus hermanas esta carta ; será la última vez que entre á tu casa. Me atreveré á hacerlo para que no vayas á suponer por un instante, que estoy dispuesto por mi parte á que nuestros amores tengan

un término, como tu madre manifestó anoche la voluntad y lo repitió cien veces.

» Adios. No olvides que te amo con toda la ingenua efusion del niño al mismo tiempo que con la ardiente pasion del hombre.

EDGARDO. »

Estas eran las primeras palabras escritas que mediaban entre los dos enamorados : esta era tambien la primera carta de amor que Adriana recibia en su vida ; tal vez era al mismo tiempo la única que Edgardo habia escrito hasta entonces ó al menos la primera que escribia con todo su corazon.

Cuando Adriana acabó de descifrar línea por línea las cuatro páginas de esta carta, casi incomprensible por lo confuso y tembloroso de la letra, anudando lentamente cada frase á la anterior para darse cuenta completa de su sentido, la bella y enamorada jóven se sintió contenta. Sus ojos recorrieron dos ó tres veces mas las líneas en que el jóven militar hablaba de la intensidad y de la constancia de su amor. Edgardo habia tenido en realidad una idea tierna y delicada al consignar por escrito en un momento de dolor para ambos los sentimientos de que tantas veces habia hablado á su amada y que formaban para ella el encanto mas atractivo de este amor. Pero Adriana no se detenia á explicar el regocijo interior que experimen-

taba; su emocion era vaga, dulce, indefinible como la primera ebullicion de la sangre en el corazon de una vírgen.

La carta de Edgardo encerraba como un soplo ardiente de todo lo que esa noche pasaba en su espíritu. ¿Quién no ha pensado jamás en las emociones de una jóven casta, inocente, sencilla, al leer en la soledad de su cuarto y en el recogimiento buscado la primera carta de amor, tierna y febrilmente escrita con todo el ardor de los veinte años? Adriana dejó asomar á sus labios una sonrisa de felicidad secreta, y se quedó pensativa y sonriendo con la carta en la mano:

—Mis flores! —dijo de repente, algunos minutos despues, viendo sobre la cómoda

un ramo de alhelíes, de dalias y de rosas blancas que habia comprado en la mañana al pasar con su madre por el mercado de Santo Tomás. La jóven desató el ramo y se puso á separar con sus manos de niño las ramas secas ó ajadas. En seguida tomó un jarro de porcelana ordinaria, pintado de colores diversos, y comenzó á depositar en él las flores una á una. Al colocar este jarro coronado de frescos alhelíes, de rojas dalias y de blancas rosas en medio de la cómoda, un poco hácia el fondo, delante de una imágen de Nuestra Señora de los Dolores suspendida á la pared, se hubiera podido dudar si Adriana lo hacia indiferentemente ó si esa era una ofrenda que encerraba un pensamiento secreto.

Por un descuido inexplicable, pero frecuente en iguales circunstancias, Adriana olvidó, al salir á trabajar, la carta de Edgardo bajo la almohada de su lecho. Al sentarse, se acordó de ella y retrocedió precipitadamente. Dudando en medio de su dormitorio, pensó un momento en el lugar donde podria ocultarla con mayor seguridad. Decidiéndose al fin, la llevó á sus labios y la escondió cariñosamente en su seno, como una reliquia que debia devolverle la alegría ó como una caricia anticipada y deseada de su jóven amante.

III.

La familia Lorbeza se instaló en su nuevo departamento y hacia ya algun tiempo que habitaba en él. Brígida, la obesa ama de llaves, no cesaba de admirar su aseo, su compostura, su órden en las distribuciones

interiores de familia y sobre todo su moralidad irreprochable. El bondadoso propietario estaba encantado, por su parte, de la conducta y de la vida laboriosa de sus nuevas inquilinas.

El carácter jovial del señor Arasnegui y sus derechos naturales de propietario y vecino lo hicieron sin esfuerzo el amigo cotidiano de la casa. Esta amistad parecia hacérsele cada dia mas agradable. Hasta las buenas maneras y atenciones que cada una de las niñas se esmeraba en usar para con él, halagaban su amor propio y le complacian. Brígida habia llegado á alarmarse. Nunca se recogia por la noche sin entrar á la sala de sus vecinas, y estas visitas eran

ya un hábito regular. Antes de acostarse, D. Julian pasaba una ó dos horas de conversacion con sus amigas, ó para explicarme con mas precision, haciendo reir con sus chistes é historias una ó dos horas á sus amigas, y esto al resplandor de una escasa luz y en medio de las piezas de tela y de los objetos de costura que ellas no podian abandonar un solo instante.

Algunas semanas despues que la familia Lorbeza habia ido á vivir á su nueva casa, D. Julian la habia invitado una noche á tomar *té* en su departamento. Por un acto natural en que se unian la confianza y la vanidad del hombre acomodado, el señor Arasnegui hizo esa noche, como por un

incidente de la conversacion, que la familia visitara todas las piezas de su departamento. La viuda y las niñas satisfacian en esta visita una curiosidad bien natural de su parte. Don Julian las acompañaba con la luz en la mano y les mostraba cada uno de los muebles y de los objetos que podian llamar su atencion. Al salir de un cuarto que podia calificarse de biblioteca ó de estudio para entrar en la sala, Dª. Inés y las otras dos hermanas, deseosas de descansar, se habian apresurado á atravesar la puerta. Mientras tanto Adriana se habia quedado contemplando un antiguo y empolvado retrato que representaba una noble bisabuela de D. Julian en cuerpo entero y ricamente vestida á la Luis XIV. En el rápido instante en que la bella jóven

y el propietario quedaron solos, el señor Arasnegui se colocó ante Adriana y contemplándola con una mirada entre tierna y embarazada, le dijo con una voz temblorosa esta galantería de viejo, ó mejor dicho, esta galantería de niño :

— Así es como yo quisiera tener á la bella Adriana.

Las mejillas de la jóven se coloraron súbitamente como la grana ; él hizo un movimiento indeciso para detenerla, pero ella avanzó huyendo hasta la puerta.

¿ Porqué no decirlo cuanto antes ? Al mes y medio, el señor Arasnegui estaba perdidamente enamorado de Adriana. ¿Con

qué intencion? No lo podríamos asegurar. El afable propietario se decia que, en todo caso, la constancia y las atenciones vencerian todos los obstáculos y le abririan al fin un resquicio en el corazon de la bellísima doncella. D. Julian no dejaba de contar en el fondo con la pobreza, el desamparo y el aislamiento de la familia. No tenia pues por qué apresurarse y debia dejar tranquilamente obrar al tiempo y á la familiaridad. Pero su inclinacion por Adriana fué llegando poco á poco á los límites de la pasion, y vino un dia en que se sintió capaz, si las circunstancias lo requerian, de todos los sacrificios que se le exigieran.

Las vecinas no eran visitadas sino por

una que otra mujer que solia llevarles costura y por uno ó dos ancianos mas indigentes que ellas mismas. La ausencia de todo galan dejaba al señor Arasnegui dueño absoluto del tiempo y de las ocasiones y le inspiraba una tranquilidad completa. La sospecha de un rival estaba muy lejos de su espíritu, y todo, excepto la frialdad de la jóven amada, halagaba sus ardientes y risueñas esperanzas.

Las crueles emociones del desaliento y de los celos no habrian dejado sin embargo de venir á turbar la calma del señor Arasnegui, si la pasion le hubiera inspirado un poco de cautela y si hubiera podido ver lo que pasaba casi todas las noches en el instante

en que, despues de salir de las habitaciones de sus vecinas, la madre y las hijas se preparaban para acostarse. Adriana habia tomado la costumbre de cerrar ella misma las celosías y los portillos de la ventana de reja. La jóven esperaba regularmente que Dª. Inés estuviera en cama y que sus hermanas se encontráran distraidas. En el mismo momento en que Adriana llegaba al apoyo de la ventana y removia las celosías con cierta inquietud, inclinándose hácia fuera como para arrojar á la calle una mirada indiferente, la figura de un hombre cubierto de una capa, visiblemente disfrazado, y al parecer jóven y gallardo, se hallaba casi todas las noches de pié cerca de la ventana. El jóven se avanzaba hácia la reja.

— Adriana !

— Edgardo ! exclamaban á un mismo tiempo dos voces ahogadas. Los dos amantes atravesaban unas cuantas palabras que decian todo lo que deseaban, ó que, mas bien, no decian nada de todo lo que ellos hubieran deseado. La blanca mano de la jóven salia como desprendiéndose al través de los hierros. Edgardo, que apenas se atrevia á estrecharla entre las suyas, volvia la cara á todas partes para asegurarse de si la calle estaba sola. El ruido imperceptible de un beso sonaba y moria entre el marfil de la mano y los labios del jóven oficial. Un minuto despues, solo se oia en la calle el ruido de una ventana que se cierra y los pa-

sos ligeros de un hombre que se aleja.

Dª. Inés, que seguia ávidamente cada una de las demostraciones de D. Julian, veia con un gozo mal disimulado la inclinacion decidida del propietario por la mas bella de sus hijas. La buena anciana no podia suponer ni por un instante un pensamiento siniestro de parte del antiguo amigo de su marido, y se imaginaba que su pasion por Adriana le haria poner un término á su vida de soltero. Los cuchicheos con Cármen y una que otra palabra de consejo ó de prevencion á la misma Adriana revelaban claramente los sueños de la señora. Nada es mas fácil que creer lo que se desea, y el corazon de una madre es doblemente crédulo.

Las cosas se hallaban en este estado, cuando un incidente imprevisto y casual vino á turbar la paz de esta familia. Dª. Inés cayó gravemente enferma; una afeccion al hígado, que se dejaba presentir hacia algunos años, estalló de una manera violenta: las crisis se habian reproducido de tiempo en tiempo; pero esta vez el médico de la casa declaró en peligro la vida de la paciente y la necesidad de una consulta. Inútil es decir que esta declaracion infundió el alarma y el pesar en el corazon de las hijas. Los médicos se multiplicaron, y en dos ó tres dias el movimiento de la casa tomó el aspecto lúgubre del interior de familia en que se cuida tierna y escrupulosamente un enfermo, rodeándolo de tranquilidad, de silencio y de medias sombras.

Las dos hermanas mayores se sintieron profundamente atribuladas ante el contratiempo que les sobrevenia. Pero ambas se comprometieron á redoblar sus esfuerzos para el trabajo y para acudir á su madre con todas las atenciones que les imponia el carácter peligroso de la enfermedad y su deber de hijas. Hasta la tierna Eduvigis, débil criatura de catorce años, tomó parte en los cuidados y en los insomnios á la cabecera de la enferma. Se convino en que cada una *velaria* una noche alternándose regularmente. Las tres rivalizaban en solicitud, en tacto y en prevenciones delicadas. Si hay alguna vanidad santa sobre la tierra, es sin duda la de esas pobres mujeres de cierta edad y la de esas hijas de familia que hacen

consistir todo su amor propio en saber cuidar un enfermo, es decir, en cumplir la mas bella mision de misericordia y de amor, llevando un alivio al cuerpo que sufre, un consuelo al espíritu que se amedrenta y una esperanza á la vida que muere.

Las tristes impresiones que la rodeaban, las penalidades y la fatiga natural de las vigilias estaban un tanto compensadas para Adriana por emociones de otro género. Las noches en que la amada de Edgardo no velaba, las conversaciones con el jóven oficial al través de la ventana se prolongaban mas que de costumbre, ó Edgardo venia en lo avanzado de la media noche y pasaba al pié de la reja una ó dos horas.

La tierna leyenda de Julieta y Romeo se reprodùce y se reproducirá en todas partes y en todos los siglos. Donde quiera que haya una vírgen delirantemente apasionada, un galan osado y un obstáculo entre ambos, el amor buscará siempre las sombras de la noche y una reja ó un balcon y una escala de seda. El mas irresistible encanto del amor es el peligro; en estas aventuras el galan expone á vecès la vida, la doncella expone siempre su honra. La abnegacion del ser amado es la suprema aspiracion del ser que ama. Estos dramas de amor pasan tambien en Lima, cuando el sueño, la tranquilidad y las tinieblas envuelven la ciudad con su lúgubre manto. En el misterio de la media noche, al resplandor escaso de un cielo negro salpi-

cado de estrellas, ó al de las luces pálidas y tristes de las calles, al pié de sus campanarios sombríos, en un rincon de sus avenidas solitarias hay una reja abierta y dos amantes que velan. Todo parece dormir inmóbil, y los dos amantes, que observan un momento en medio del silencio solemne y sepulcral, solo escuchan el murmullo tímido y sonoro de las débiles aguas de la calle y los pasos marcados del *sereno,* cuya figura solitaria se ve pasar á lo lejos.

Bajo estas circunstancias tenian lugar las citas nocturnas de Edgardo y Adriana. Estas conversaciones eran regularmente tranquilas; pero los corazones palpitantes y ena-

morados de los dos jóvenes se precipitaban á veces y latian por momentos contra los hierros frios é inmóbiles de la reja, que Edgardo maldecia.

En una de estas conversaciones Edgardo dijo á Adriana :

— Tengo una mala noticia que darte.

— ¿Cuál?

— Hoy me han destinado á un nuevo batallon; dentro de cuatro ó cinco dias debo partir para el Callao.

— ¿De veras?

— No dudes. Segun creo, debo embarcarme de guarnicion en un buque de

guerra; si es así, mi único consuelo será la esperanza de que el buque en que me embarquen vaya pronto al Sur y que esto me procure la ocasion de ver á mis padres.

Mientras tanto el estado de Dª. Inés se prolongaba y empeoraba visiblemente. Los médicos habian hablado de la necesidad de administrarle los últimos auxilios religiosos. Las hijas no cesaban de trabajar dia y noche para poder subvenir rigurosamente á los gastos de la enfermedad; las pobres muchachas casi no dormian. La vida de Adriana estaba absorbida por un trabajo incesante, por las vigilias y por las emociones de sus entrevistas amorosas. La fatiga la habia hecho enflaquecer, pero la

misma flacura hacia resaltar lo grande de sus ojos y lo negro de sus cabellos, embelleciéndola mas sin desfigurarla.

En la existencia normal de esta familia, las ocupaciones se hallaban distribuidas de una manera regular. Dª. Inés era naturalmente, como la persona de mayor representacion, la encargada de llevar todas las noches los objetos de costura terminados durante el dia á casa de la modista ó de alguno de los dos ó tres sastres que les procuraban trabajo; la madre volvia con el trabajo que se les confiaba para el dia siguiente y con el salario ganado. Desde que Dª. Inés habia caido enferma, Cármen se habia encargado de reemplazarla. Como el

trabajo se multiplicaba, las idas y venidas, se multiplicaban tambien. Cármen tuvo un dia un fuerte altercado con la modista y prometió no volver donde ella; la hermana mayor encomendó á Adriana esta parte de su tarea, suplicándola encarecidamente que la aceptara.

En la misma entrevista en que Edgardo comunicó á Adriana la noticia de su próxima ausencia, Adriana impuso á Edgardo del incidente que acabamos de relatar. La jóven agregó que era probable que desde el siguiente dia fuera todas las noches de siete á ocho, sola tal vez, probablemente acompañada, á casa de la modista. Bastaron estas palabras, hijas de la

indiscrecion mas inocente, para que Edgardo propusiera á Adriana esperarla en su camino, rogándola que procurara salir sola. ¡Qué felicidad la de verse un instante libres y sin obstáculos y la de conversar á su deseo caminando juntos unas cuantas cuadras! Edgardo hizo esta propuesta sin ningun pensamiento oculto y hasta con cierto candor. El apasionado amante olvidaba que los malos pensamientos vienen por sí mismos á la hora en que pueden realizarse. El jóven oficial invocó los pocos dias que les quedaban para verse, insistió con pasion y concluyó por triunfar de los buenos instintos del ángel.

A la noche siguiente, Edgardo esperó á

Adriana en el lugar convenido; la jóven habia salido sola. Adriana debia ir desde una de las últimas calles que se hallan en la línea lateral de San Agustin y San Sebastian hasta la antigua calle de Ayacucho. El jóven oficial la acompañó á la ida y á la vuelta durante casi todo el trayecto, y la amada de Edgardo, al volver á su casa, entró contenta, sonriendo y dispuesta á las fatigas de la vigilia.

A la noche siguiente, Adriana y Edgardo recorrieron el mismo camino. Adriana no tomó esta vez para volver á su casa el camino mas corto, y cuando llegó á ella era mas tarde que la noche anterior. Su espíritu se encontraba sin embargo tranquilo,

y se entregó á los quehaceres que la esperaban con el rostro como iluminado por una íntima alegría.

A la tercera noche, Adriana salió de la casa precipitadamente en el momento en que los médicos acababan de llegar y en que, alarmados por el estado de la enferma, parecian consultarse sobre alguna determinacion grave y urgente que debian comunicar á la familia. Esta noche la jóven volvió mucho mas tarde aun. Edgardo la acompañó hasta una calle excusada, próxima á la casa, y se despidió de ella con mas ternura que de costumbre. Adriana se separó de su amante triste y descontenta, con una impresion de amargura contra él y de des-

pecho contra sí misma. Cuando la jóven dobló la esquina y dirigió una mirada hácia la calle oscura que habitaba, se ofreció á sus ojos el espectáculo mas inesperado. Un grupo de personas que á lo lejos parecian enlutadas y unos cuantos faroles sostenidos en alto por algunos hombres y muchachos se hallaban estacionados en la puerta de su casa. En este instante el sonido lúgubre y agudo de la campana de *nuestro Amo* se desprendió de en medio del cortejo sombrío. La jóven lo comprendió todo y se sintió aterrada.

Interrogándose como con un relámpago de pensamiento si eran posibles tantas desgracias en una sola hora, precipitó sus

pasos para cerciorarse de lo que pasaba. La sangre huia de todo su cuerpo, y si hubiera podido darse cuenta de sus impresiones se habria creido caminando en el vacío. Nosotros no podemos decir todo el terror que hubo en ese minuto en el alma de la jóven; el fúnebre aspecto de la casa pesó sobre ella como la bóveda de un sepulcro.

Cuando Adriana llegó á la puerta de la sala, el sacerdote revestido salia del cuarto de la enferma con las manos sobre el pecho y murmurando una oracion. Adriana se hizo á un lado, cayó de rodillas, lívida y espantada, y lo vió pasar como en un sueño.

Un instante despues, la jóven se levantaba sostenida por sus dos hermanas para

llorar con ellas. El pañuelon, desprendido de sus sienes y sostenido solo por los hombros, habia dejado descubierta su cabeza, ó por mejor decir, el busto de su hermosa cabeza, descompuesto por la emocion é iluminado por el dolor, parecia surgir de entre los pliegues del pañuelon. Pálida como un cadáver, las facciones contraidas, azorada, los ojos cubiertos de lágrimas, la boca entreabierta, fué á sentarse en el ángulo retirado de un sofá. Adriana permaneció largo tiempo en ese sitio con los ojos fijos en el suelo, por momentos sollozando y por momentos silenciosa.

Sus hermanas alarmadas le preguntaron :
— ¿Qué tienes?

— Me siento enferma de cansancio.

Cármen y Eduvigis atribuyeron en efecto todo el quebranto y lo desencajado de su fisonomía á las impresiones súbitas que acababa de recibir. Ambas la rogaron que se recogiera y descansara durante toda la noche.

La desfigurada jóven se encaminó á su cuarto sin atreverse á entrar al de su madre moribunda.

Adriana se acostó esa noche agobiada por el remordimiento de haber agregado á la desgracia que amenazaba sobrevenirle con la muerte de su madre, la mas cruel desgracia que puede sobrevenir á una fa-

milia honrada. En el silencio y en la tranquilidad de su lecho, se llevaba al rostro las manos como para ocultarse á sí misma todo el horror de su conducta.

El demonio sombrío de la fatalidad habia permitido esa noche una coincidencia horrible é inverosímil. La premeditacion no tenia sin embargo la mas leve parte en la conducta de Adriana. El mágico relámpago de la tentacion habia herido su espíritu ante las fervientes súplicas de Edgardo arrodillado á sus piés. Devorada por el dolor, ella misma no podia darse cuenta de la manera cómo, á pesar de la sinceridad de sus juramentos y de la energía de sus propósitos, habia llegado hasta el delirio del

crímen. Las faltas de este género no se preparan ni preven. Se cometen, se lloran, y por término cruel é infalible, se expian siempre.

IV.

Edgardo Arceles era un gallardo mancebo moqueguano de veinte años. Su padre, antiguo capitan de ejército, habia abandonado el servicio militar en una de las grandes catástrofes de nuestras armas

nacionales, retirándose á vivir con su mujer y su hijo como administrador de una pequeña hacienda en el valle de Moquegua.

Si hay algunos hombres que hayan conservado vivas y profundas las impresiones de las violentas vicisitudes del país, son sin duda los que presenciaron ó tomaron parte en ese instante de agitacion sangrienta y febril de nuestra historia que se llama la época de Salaverry. Si hay tambien en nuestras leyendas nacionales algun caudillo que haya dejado un culto secreto en el corazon de los que le amaron ó ayudaron con su espada, es el mismo Salaverry. Las balas del enemigo se habian

cruzado silbando sobre la frente del capitan Arcéles en el puente de Uchumayo. La topografía y las evoluciones sangrientas de Socabaya se hallaban impresas en su memoria como si estuviera aun en los instantes supremos del combate. El apasionado salaverrista no podia hablar de ese dia sin emociones y sin lágrimas. Desalentado y sin esperanzas en el porvenir de la patria, simple capitan despues de largos años de servicio, habiendo abrazado la carrera por casualidad en una asonada del pueblo, sin relaciones ni influencia personal, al verse prisionero despues de la jornada de Socabaya, se habia decidido á abandonar una carrera ingrata á todas sus aspiraciones; y escribió en este sentido á

un hermano suyo que vivia en Moquegua, consagrado á la elaboracion y al comercio de aguardientes. Felizmente la fortuna de este hermano, aunque escasa, se hallaba en via de prosperidad. Su hermano vió con placer esta ocasion de serle útil y le propuso encomendarle un pequeño fundo de viñas, que él administraria y cuyo producto compartirian entrambos. El capitan Arceles aceptó sin vacilar, se reunió á su mujer y á su hijo y fué á vivir en el trabajo y en la oscuridad, contento con el cargo de dependiente ó mayordomo de su hermano y en una medianía que apenas sobrepasaba los límites de la pobreza.

Las primeras impresiones de la infancia

forman y formarán siempre los sentimientos del hombre. El laborioso hacendado, en cuyo pecho latia aun el corazon del antiguo militar, habia hablado siempre á su hijo de la patria como de un deber y de una religion, no como de un ente extraño reducido á un mal gobierno y á una administracion desorganizada. Aunque el jóven provinciano habia pasado dos años en el colegio de la Independencia de Arequipa, su verdadera educacion la habia hecho en los gustos de la vida del campo y de la hacienda. En medio de esta vida libre é inocupada, Edgardo habia oido mil veces á su padre contar á algun amigo, ya en una agradable sobremesa, ya en el corredor de la casa de la hacienda, a caer la tarde, los recuerdos vivos y colori-

dos de su vida militar. La imaginacion del niño se apasionó por la existencia aventurera del soldado. Las penalidades del cuartel, los azares de la campaña y las emociones terribles del combate deslumbraron y arrebataron su espíritu. Los sueños del niño se hicieron una vocacion en el jóven. El viejo capitan habia combatido siempre este pensamiento; pero el padre queria ante todo separar á su hijo de la vida de holganza que llevaba en la hacienda, y no habia esperado sino que alcanzara la edad del trabajo serio para hacerlo árbitro de sí mismo entregándolo á sus propios esfuerzos. Edgardo acababa de cumplir diez y nueve años cuando llegó á Moquegua un cuadro de oficiales que se enviaba de Lima para levantar un bata-

llon. La milicia no solo era una vocacion en el jóven Arceles, ni es solo una de las carreras mas caracterizadas entre nosotros: ella es tambien la de mas pronto y menos difícil acceso, sobre todo en ciertas épocas. El cuadro de oficiales habia resultado incompleto. La ocasion era propicia y fué necesario decidirse. El jóven obró con tenacidad y resolucion, y merced á las relaciones y empeños de su tio el negociante, alcanzó una plaza de alférez en el batallon que se organizaba. Edgardo ciñó al fin la espada de oficial, no sin cierta repugnancia por parte de sus padres.

Estos no consideraban la entrada de su hijo en la carrera de las armas como una

resolucion séria y definitiva. A sus ojos, Edgardo solo habia tomado servicio como por ensayo. Suponian que las fatigas y las privaciones lo desencantarian de la vida de soldado y que tarde ó temprano abandonaria esa carrera, como la habia abandonado su padre. Hasta cierto punto era así. Una circunstancia muy especial que se relacionaba con el destino del jóven habia venido á dar este carácter de transitoria á la profesion que habia abrazado.

La familia del negociante Arceles habitaba la ciudad misma de Moquegua y se componia de los padres y cinco hijas. La mayor de las hijas habia nacido con una deformidad física, notable á primera vista. Esta circuns-

tancia habia influido desgraciadamente en su desarrollo moral, causándole cierta lentitud en el ejercicio de las facultades intelectuales y cierta simplicidad de pensamiento. El embotamiento de inteligencia de la jóven estaba sin embargo muy lejos de confundirse con el idiotismo; al verla por primera vez en sociedad, se la habria tomado por una persona sumamente discreta, que no pronunciaba una sola palabra por vergüenza ó por no atraer las miradas sobre la deformidad que llevaba consigo; tratándola un poco, no se encontraba en ella sino un ángel de candor y de bondad. Los ejemplos de estas personas no son raros, y la familia que no los cuenta en su seno ignora su propia dicha.

El antiguo hacendado y negociante habia visto nacer todas sus hijas en una gran hacienda de su propiedad, que trabajaba él mismo casi en los suburbios de Moquegua; pero la necesidad de pensar formalmente en la educacion de las niñas procurándoles profesores adecuados é inteligentes, lo habia decidido á cambiar de residencia y habia ido á establecerse en la ciudad. Esto no le impedia dirigir y vigilar personalmente todos los dias las labores de su hacienda. Edgardo, desde que habia llegado de Arequipa, habia establecido la costumbre, por via de distraccion y de interés afectuoso entre las familias, de ir á pasar todos los domingos y dias de fiesta á Moquegua, aprovechando así de la residencia de sus parientes en la capi-

tal de la provincia. El jóven salia de la pequeña hacienda X*** el sábado en la tarde, pasaba el domingo en casa de su tio y regresaba el lunes. El tio aprovechaba frecuentemente de la presencia de su sobrino para que diera su opinion sobre el adelanto de las niñas, y de vez en cuando Edgardo consagraba algunos instantes del dia á hacer preguntas á sus primas sobre las materias que estudiaban y á escribir ó leer junto con ellas. Estas relaciones, agradables siempre entre dos jóvenes, la proporcion de su edad y la compasion que inspira sin esfuerzo la desgracia inmerecida, habia creado en Edgardo una familiaridad preferente, tierna y sincera hácia la mayor de las niñas. Edgardo estaba bien lejos de amar á su prima ni de

pensar en amarla; pero la desdichada jóven habia traducido de una manera equivocada, aunque en secreto, esta preferencia del bello mancebo. Los padres se apercibieron poco á poco de esta inclinacion de su hija mayor, doblemente querida para ellos, y mas de una vez sorprendieron algunas lágrimas en sus ojos. El primer pensamiento que les vino fué el de alejar á Edgardo. Como este habia hablado de su deseo de entrar en el ejército, el tio tomó el asunto á su cargo, puso todo empeño y consiguió, como sabemos, lo que el sobrino ambicionaba. Cuando la jóven se impuso del propósito de su primo y de su probable separacion, los suspiros, las lágrimas y los síntomas de desesperacion redoblaron. Los padres se amedrentaron á la

idea de la influencia moral que esta crisis podia tener en la delicada organizacion de su hija. Sus angustias fueron crueles. Consultándose en medio de estas tribulaciones íntimas, el dolor les hizo concebir un proyecto que al mismo tiempo que les devolvia la tranquilidad, satisfaciendo las esperanzas de la jóven, podia constituir un porvenir dichoso para Edgardo y conciliar la prosperidad de ambas familias. Todo esto se pasaba en los dias en que existia aun la duda de si Edgardo recibiria ó no el título de alférez.

Los padres de la apasionada jóven montaron un dia á caballo y fueron á la hacienda administrada por el viejo capitan. A noticias de este habia llegado ya la decidida in-

clinacion de su sobrina por su hijo. Los primeros propusieron al segundo, en una conferencia tierna y familiar, casi de improviso, y con la mayor franqueza, casar á los dos primos. Edgardo se haria cargo de la gran hacienda situada en las cercanías de Moquegua é iria á habitar en ella con su mujer. El padre de la jóven, agobiado por la edad y por las fatigas constantes, se retiraria del trabajo activo y se entregaria á una vida sedentaria. El yerno no daria al suegro sino una reducida parte de los productos de la hacienda, lo cual unido á sus demás rentas bastaria á la familia para vivir cómoda y desahogadamente. El antiguo capitan aceptó la proposicion con una efusion de verdadero júbilo, pero declaró al mismo tiempo á su

hermano que su hijo era aun demasiado jóven y un poco inocente para casarse, y que, ante todo, era necesario consultar la voluntad de Edgardo, sin la cual nada podia decidirse.

Edgardo conoció á primera vista la inmensa alegría que esta proposicion habia causado á sus padres. El sentimiento de sumision y de complacencia filial, cuando se vive en el fondo de una provincia y en el recogimiento del hogar, es mas vivo que cuando se habitan las grandes ciudades. Este deber de obediencia á la voluntad de sus prdres; la piedad natural hácia la extraña desgracia de su prima; el afecto sincero de familia; cierta ternura contemplativa por el alma bella,

candorosa y casi santa de la jóven; la perspectiva de un porvenir garantido contra las eventualidades del destino; todos estos sentimientos, reunidos en un solo impulso del corazon, hicieron pronunciar al seductor involuntario una palabra de asentimiento. En esta respuesta, dada despues de largas reflexiones, se reconocia toda la ingenuidad de alma y toda la inocencia del jóven provinciano. Educado bajo ciertas inspiraciones, el matrimonio no era para él sino una accion grave y regular de la existencia de todo hombre. Edgardo no habia tenido nunca ocasion de amar una mujer, ó mejor dicho, nunca se habia encontrado en presencia de una mujer á quien pudiera amar; no conocia su propio corazon é ignoraba que á todo hombre le

llega su hora de atraccion irresistible, de amor y de delirio. El jóven manifestó sin embargo, de acuerdo con su padre, la voluntad de no casarse inmediatamente y de esperar algun tiempo.

Esta condicion hizo que las cosas terminaran por arreglarse, con gran contento de ambas familias, de la manera siguiente: Edgardo tomaria servicio, como lo solicitaba, en el batallon que se organizaba en la provincia y partiria con él. Dos ó tres años de vida militar le darian mas edad, mas mundo, y le harian conocer por experiencia propia si la carrera militar era realmente la de su vocacion. Pasado ese tiempo el jóven oficial regresaria á casarse con su

prima. Si se decidia á abandonar la carrera de las armas tomaria al casarse posesion de la hacienda, realizándose entonces en todas sus partes la propuesta primitiva de su tio. Este arreglo, que halagaba las aspiraciones de todos, fué sometido á la jóven, quien se dió por satisfecha de la perspectiva de una felicidad que apenas se atrevia á esperar. La palabra fué formalmente empeñada entre los padres y los hijos. Pero este arreglo, mas que un convenio solemne, era un proyecto halagüeño de familia. No hubo en él ni la severidad ni la regularidad de un acto grave y conminatorio, circunstancias que no permiten en tales casos ni los hábitos de parentesco ni la educacion moral de nuestra sociedad.

Con esta risueña y eventual perspectiva llegó Edgardo á realizar el sueño ardiente de entrar á servir en la carrera de las armas, y tales eran las impresiones bajo las cuales habia salido de Moquegua, trayendo consigo la inquietud y la bendicion de sus padres, que le amaban con idolatría.

El batallon del subteniente Arceles llegó á Lima en una alegre mañana del mes de octubre de 1851. Edgardo atravesó las calles entre sus filas mirando á todos lados con la curiosidad del que entra con impaciencia en un país que desea conocer. Al ruido de la música militar, los niños, las señoras y los criados salian á las puertas y á las ventanas para ver pasar el batallon.

La imaginacion del alférez moqueguano comparaba el aspecto general de la ciudad al de las poblaciones de donde venia, y al ver esos grupos de familias, esos rostros risueños que, reconociendo en él á primera vista un jóven forastero, lo miraban pasar con simpatía y curiosidad, sus recuerdos se volvian tierna é involuntariamente hácia el hogar paterno y hácia todas las caras afecciones que habia dejado tan lejos.

Como era natural, los sentimientos de este género, es decir, los sentimientos de familia, hicieron sufrir cruelmente al jóven en este viaje. El recuerdo de la casa y de los hábitos domésticos dominaba todas sus

impresiones. Edgardo correspondia con una efusion profunda á la ternura de sus padres; pero sentia especialmente por su madre una adoracion viva y ciega. Al contemplar el vacío infinito en que nos sumergen los primeros momentos de separacion del país natal, la memoria de su madre fué su único consuelo. La de su prima no ocupaba en su espíritu sino un término secundario. Pero el recuerdo maternal fué tomando cada dia en el corazon del hijo una influencia tan poderosa, que llegó á convertirse para él, no solo durante los primeros dias de alejamiento sino para siempre, en un culto íntimo, ardiente y secreto. Toda idea de bien se realizaba en su alma con el recuerdo de la que le habia

dado la vida y la traia fatalmente á su memoria. El nombre de su madre constituia para Edgardo como un amuleto sagrado é irresistible. En sus labios era una plegaria, y en sus oidos una palabra mágica que en cualquiera circunstancia de su vida hacia revivir todos los buenos sentimientos en un solo latido de su corazon.

V.

Activo, alegre, gracioso, inteligente, Edgardo Arceles podia ser considerado como un muchacho fascinador. Su estatura era mas alta que baja; su talle delgado y flexible; su actitud desembarazada y resuelta; sus ojos grandes y pardos; su cutis tostada

pero de un color suave, unida, inalterable; sus cabellos negros y espesos. La barba, un poco precoz, contrastaba con el brillo de su fisonomía iluminada aun como por el último reflejo de la niñez. El gallardo moqueguano llevaba la espada con cierta altivez no fingida. Reservado y serio antes de conocer á las personas, expansivo y sincero cuando adquiria un poco de confianza, fácil le fué granjearse la amistad de sus compañeros de armas. Estos habian notado á primera vista en su carácter una mezcla de candor sentimental y de energía varonil; lo primero le habia atraido la simpatía de muchos y lo segundo la estimacion de todos. Como militar cumplia rigurosamente su deber, hallándose siempre dispuesto para

todas las fatigas y todos los incidentes del servicio. Al cabo de un año sus jefes lo consideraban como uno de los oficiales mas expertos, decididos y dignos de confianza. Cuando en los corrillos de oficiales que, como de costumbre, se formaban á cada instante en el cuartel se promovia una conversacion que llegaba á interesar los espíritus, Edgardo solia tomar la palabra y en medio del silencio de sus compañeros hablaba tres ó cuatro minutos atropelladamente, casi siempre con acierto y siempre con cierta lucidez que le daba la pasion. Esta elocuencia desordenada de corrillo habia dado orígen á que los demás oficiales lo llamáran de vez en cuando y como por broma « el orador. »

Al salir de su país natal, el jóven moqueguano habia recibido algunas cartas de recomendacion para dos ó tres personajes, paisanos suyos, residentes en Lima. Estas cartas eran para individuos que mas podian proteger al nuevo alférez que procurar al desconocido extranjero las atenciones y cuidados de familia. Edgardo se presentó una ó dos veces en casa de ellos; pero sus familias, como sucede frecuentemente en estos casos, lo recibieron con cierta etiqueta que él tradujo por frialdad ó orgullo. Encerrado casi siempre en el cuartel, el alférez Arceles no tenia mas amigos que los oficiales de su batallon, y exceptuando este doble centro de ocupacion y de amistad, podia decirse que vivia en Lima en

el completo aislamiento del extranjero.

Al declinar el verano de 1852 ocurrieron en Lima los primeros casos de una enfermedad desconocida. Eran los precursores de esa terrible epidemia de fiebre amarilla que dos años despues debia sembrar el terror y la muerte en el corazon de nuestras familias. Hacia como seis meses que Edgardo se encontraba en Lima. El destino quiso que fuera una de las personas en quienes se realizaron esos primeros casos de fiebre, inapercibidos y desconocidos entonces hasta para los mismos médicos. Su constitucion jóven y robusta, su condicion de forastero y la vida irregular del cuartel lo habian predispuesto para la funesta enfermedad.

El alférez y sus compañeros creyeron que su indisposicion seria benigna. Desgraciadamente los síntomas fueron presentándose cada dia con un carácter mas grave: los oficiales se amedrentaron. Los jefes hablaron de la necesidad de hacer trasladar al enfermo á San Bartolomé.

La idea de ir á ocupar una cama en las salas de un hospital es siempre triste para el que solo ha conocido en sus enfermedades el amor de la familia y no ha tenido en su vida motivos de habituar su sensibilidad al interior de una enfermería. Los establecimientos de esta natureleza se presentan á sus ojos como el último refugio de las clases miserables, y mas que como un

lugar para curarse, como un lugar para morir. El militar mismo, que cae y espira contento al pié de su bandera en el campo de batalla, muere doblemente afligido en un hospicio. Edgardo no tenia en Lima ni parientes ni amigos á quienes pedir un asilo. El jóven oficial se sentia malo, y reflexionaba en todo esto. Con gran sorpresa se notó de repente que los casos de la misma enfermedad parecian repetirse en el batallon. Esta circunstancia obligó á los jefes á ordenar al jóven alférez que se preparara para ser trasladado al hospital militar.

El jóven enfermo recibió esta órden en un estado de postracion en que el aliento faltaba ya á su voluntad.

A la mañana siguiente, una litera cubierta, conducida por cuatro soldados, atravesaba la gran puerta de entrada del hospital de San Bartolomé. Los soldados pasaron el zaguan, cortaron diagonalmente un ángulo del patio y fueron á colocar la litera á la sombra, bajo el techo de la galería que rodea el claustro.

El sol reverberaba ardientemente sobre el suelo y sobre los muros occidentales del ruinoso y sombrío edificio. Aquí y allí se veian sentados algunos soldados en convalecencia; uno que otro se hallaba de pié, recostado tristemente en las columnas apolilladas y descoloridas de la galería; otros caminaban lentamente, envueltos en sus mantas, al

través de los viejos y empolvados muros del edificio. Estos muros, en que el blanqueo habia casi desaparecido, dejaban ver por todas partes manchas y sinuosidades de tierra oscura y deleznable. Los sirvientes interiores pasaban de una puerta á otra conduciendo algunos útiles del servicio. Un empleado, vestido con el uniforme militar, se llegó á la litera y pidió á uno de los soldados las indicaciones necesarias para inscribir en el libro de *entradas* al nuevo enfermo. El empleado se alejó en seguida dirigiéndose á dar algunas órdenes.

Un cuarto de hora despues, los soldados levantaban la camilla y seguian al encargado de la colocacion de los nuevos enfermos.

Hay al frente del pórtico de entrada del hospital una puerta que da paso á una pieza desmantelada que bien puede calificarse de vestíbulo. A sus lados laterales se abren dos salas de la enfermería. La litera entró en la de la derecha. La mayor parte de los enfermos de esta sala ocupaban catres aislados, equidistantes entre sí y descubiertos; solo hácia uno de los lados se veian algunas covachas pasables y convenientemente dispuestas. El alférez Arceles fué instalado, ó mejor dicho, fué depositado, por una favorable casualidad, en una de esas covachas abrigadas.

Cuando Edgardo se sintió solo, quiso examinar el lugar en que se hallaba y

darse cuenta de lo que habia al rededor suyo. Sus miradas se fijaron en el espacio que podian abrazar, y al través de los resquicios laterales de las cortinas distinguió, desde el fondo de su oscuridad tenebrosa, los rostros descompuestos y enjutos de dos ó tres enfermos acostados al frente. Los pañuelos con que los enfermos tenian atada la cabeza y lo macilento de sus fisonomías daban á sus ojos, al parecer aislados en la sombra, como un resplandor vivo y siniestro. Edgardo sintió todo el horror de su desgracia, y creyéndose presa de un mal sueño, ocultó su rostro bajo la sábana y pensó en la muerte.

Pero la caridad y la Providencia velaban

por él. En el fondo de la sala y hácia la parte alta del muro se alzaba un gran crucifijo. La oscuridad parecia escarpar los bajos del muro y surgir hácia el augusto símbolo como para envolverlo en una nube. Pero en medio de esta misma sombra las llamas de dos cirios ardian melancólicamente á sus piés, y al resplandor móvil y rojizo de esas luces la cruz negra hacia que se destacara vivamente la figura pálida del Cristo.

El dia siguiente al de la entrada del jóven alférez al hospital fué un jueves. En estos dias y los domingos podian los parientes y los amigos ir á visitar á los enfermos. La familia Lorbeza tenia en esos

dias libre entrada. Los encargados de la administracion interior ocurrian frecuentemente á su bondad para ciertos detalles femeniles del servicio. Esto la daba naturalmente derecho á todas las excepciones que en San Bartolomé podian emplear en su favor.

El jueves de que hablamos, Dª. Inés, Adriana y Eduvigis salieron de la casa á las doce en punto, atravesaron apresuradamente la calle y entraron al hospital.

Un momento despues comenzaban á recorrer una á una las salas de la enfermería.

Para el que hubiera conocido el sentimiento piadoso de la madre y de las hijas por la memoria de su padre que habia

dado orígen á la mision de caridad que se habian impuesto estas pobres mujeres; para quien hubiera sabido la constancia y el placer íntimo con que durante dos años habian cumplido su noble juramento, considerándolo casi como un deber religioso; para quien las hubiera seguido en los dias consagrados á esta tarea de misericordia y las hubiera contemplado en el momento de penetrar en las salas de los enfermos y en medio de esas salas, no habria habido un espetáculo mas tierno ni mas digno de admiracion.

Sigámoslas un instante.

¡Cuántos episodios conmovedores hasta las lágrimas!

VI.

Las piadosas vecinas no hacian distincion ninguna entre los soldados y los oficiales, aunque generalmente comenzaban por visitar las salas de aquellos y acababan por las de los últimos. En el instante en que apa-

recian en el dintel, las voces de los enfermos se levantaban de todos los ángulos de la sala y se confundian llamándolas. La madre y las hijas se dirigian sucesivamente á cada uno de los enfermos. A todos ellos se llegaban con dulzura preguntándoles por el estado de su enfermedad. Sobre la cama ó á la cabecera de algunos, colocaban pequeños paquetes conteniendo objetos que les habian encargado en la visita anterior. A unos los ayudaban á cambiar de posicion; á otros les arreglaban las sábanas y las cobijas en desórden; á aquellos les aseaban los lienzos ó los objetos de que se servian. Los enfermos las recibian con una sonrisa y no las dejaban alejarse de su lecho sin una palabra de reconocimiento.

En las atenciones de que se rodea á un enfermo, hay siempre ciertas delicadezas que requieren la exquisita prevision y las tiernas y milagrosas manos de la mujer. Muchos enfermos esperaban la llegada de las caritativas vecinas para recomendarles ciertos detalles de las prescripciones de los médicos, que se habian resistido á dejar practicar por los enfermeros. La mayor parte de los oficiales y soldados les era naturalmente conocida por las visitas anteriores. La madre y las hijas sostenian con los que se hallaban en este caso, amistosas conversaciones mas ó menos largas. Para todos tenian una palabra de consuelo. Al que se quejaba de lo largo de su enfermedad le infundian resignacion; al que deses-

peraba de sanar le contaban casos raros de enfermos curados en el hospital por ellas mismas y que habian sanado á pesar de hallarse en peores circunstancias; al que veia la muerte cercana lo alentaban con la esperanza.

La familia Lorbeza era una verdadera agencia, pero una agencia desinteresada del hospicio. Casi todas las cartas que los enfermos dirigian á sus deudos ó amigos, anunciándoles su posicion ó pidiéndoles socorros, pasaban por sus manos; muchas eran escritas por Adriana ó Cármen á ruego de algunos infelices soldados. Ellas mismas traian con frecuencia la respuesta, llevando á los enfermos una cantidad ó algun objeto

que les enviaban sus amigos ó parientes.

Una circunstancia digna de notarse es que ninguno de los enfermos conocia el nombre de sus bienhechoras. Todos las distinguian y llamaban por la palabra vecinas. La bondadosa familia no tenia ni esa recompensa! Esto daba ó sus sentimientos caritativos un carácter raro de sinceridad y de virtud. La caridad sublime es la que se practica quedando ignorados y sin esperanza.

Así cumplia su mision de misericordia esta desgraciada familia, que un momento despues iba á trabajar para ganar el mezquino pan de su mesa. Por donde quiera que pasaban sus sombras, dejaban el consuelo y la esperanza; adonde quiera que tocaban

sus manos, desaparecia el dolor. Cuando se preparaban á salir de cada una de las salas, los encargos y las súplicas se multiplicaban al rededor suyo. Ellas escuchaban á todos y contestaban haciendo observaciones á unos, aconsejando á otros, reflexionando, consultándose entre ellas mismas, accediendo condicionalmente ó prometiendo.

Habia en el rostro y en las maneras de las jóvenes tanta honestidad y tanta dulzura, que los enfermos no se habian atrevido jamás á dirigirlas una palabra descomedida ó equívoca. Los pocos que conocian y observaban la vida de esta familia, hablaban de ella como de un modelo increible de abnegacion y de virtud. La calumnia no de-

jaba sin embargo de murmurar de vez en cuando y á lo lejos algunos viles rumores. Pero las vecinas hacian el bien por un sentimiento natural, sin el objeto de alcanzar al rededor suyo reputacion de virtuosas, sin sistema, sin pretensiones y sin esperanzas.

Ellas no comprendian ni sospechaban siquiera toda la virtud de su vida; la verdadera santidad se ignora á sí misma. Ser jóvenes honradas como Cármen, Adriana y Eduvigis; reunir á lo que hay de mas bello en la naturaleza, — la hermosura de la mujer, — lo que hay de mas bello y santo en la existencia humana, — la práctica de la caridad sentida; — ser pobres y humildes; vivir en un rincon de la ciudad, en la oscuridad

de la pobreza; trabajar para vivir, ganando el pan del dia con el trabajo de la víspera, es realizar, sin saberlo, el tipo tierno é ideal de la familia cristiana.

Cuando despues de haber recorrido todas las salas de la enfermería y en el momento de salir se veia este grupo de mujeres humildemente vestidas atravesando el patio exterior del hospital, se hubiera dicho que caminaban en una atmósfera visible de serenidad celeste y que habia tras de ellas y sobre sus cabezas, cubiertas por los largos pañuelones de estilo, vagos y dulces resplandores, como si las bendiciones de los que sufren se convirtieran en auréolas brillantes y misteriosas.

La última sala en que la viuda y las hijas entraron el dia en que Adriana debia ver por primera vez á Edgardo, fué, como de costumbre, la sala de oficiales. Al pasar por delante de la covacha, Adriana y Eduvigis reconocieron en el acto un nuevo enfermo. Ambas siguieron acercándose á los demás; pero cada vez que podian arrojar una mirada, sus ojos iban á fijarse en el rostro mortalmente pálido y desfigurado del recien venido.

Eduvigis comprendió lo que preocupaba á su hermana, y en un instante en que ambas acababan de mirar furtivamente al desconocido enfermo, le dijo casi al oido:

— ¡Qué jóven y que pálido!

— ¿Quién es ese nuevo enfermo? — preguntó Adriana á un oficial ante cuyo lecho se hallaban en ese instante.

— Es un subteniente del batallon ***. Entró ayer y parece que se encuentra bien malo. He oido decir que morirá.

— A estas palabras fijaron las vecinas una nueva mirada de interés en el alférez. El rostro cadavérico de Edgardo se destacaba vagamente en el fondo de la alcoba sombría. Su actitud inmóbil tenia algo de la muerte. Sus ojos lánguidos, turbios, apagados, se habian fijado en ellas, y parecia que el enfermo las observaba como al través de las sombras del sepulcro. Esa mirada, esa actitud y sobre todo la amarillez

mortal del jóven conmovieron profundamente el corazon de Dª. Inés y de sus hijas.

— Vayan á ver si necesita algo, dijo la madre á las niñas.

Al acercarse Adriana y Eduvigis, distinguieron que de los labios de Edgardo brotaban gotas de sangre. La respuesta del enfermo fué una negativa. Pocos momentos despues, Adriana y Eduvigis observaron que cada vez que pasaban por delante de él, Edgardo parecia reconocerlas y las seguia con la vista. Adriana creyó que el jóven paciente habia cambiado de idea y queria hablarlas.

Las dos jóvenes volvieron á entrar á la alcoba y á interrogar á Edgardo.

— No, gracias, señoritas, dijo este hablando con la dificultad y la lentitud de un hombre moribundo.

— Nosotras haríamos todo lo que Vd. quisiera encargarnos, replicó dulcemente Adriana.

— No es posible. — He reflexionado, es verdad, y queria hacer un encargo; pero es de tal naturaleza que Vds. no querrian ó no podrian cumplirlo.

— Estamos acostumbradas á servir á los enfermos : sus encargos son un placer para

nosotras; vamos! diga Vd. lo que quiere.

Cualquiera que sea la posicion de un hombre, hay en el espíritu un sentimiento de pudor que impide hablar de ciertas cosas á personas desconocidas. Pero la insistencia de Adriana venció este pudor y provocó un movimiento de hesitacion en el enfermo.

En este instante no era el alférez quien iba á hacer una súplica á Adriana : era esta quien con la expresion de su mirada imploraba á Edgardo para que accediera á su ruego.

— Yo veo, dijo el jóven enfermo, que aquí no sirven mal; pero con un poco de dinero puede uno ser mejor atendido. He gas-

tado los pocos reales que tenia en mis primeros dias de curacion y he venido al hospital sin un medio. Tengo una sortija de valor que quisiera hacer vender ó empeñar.

El alférez pronunció estas palabras con el estertor de la debilidad, y al terminarlas, extendió silenciosamente un brazo sobre las cobijas para mostrar á sus interlocutoras la sortija en su mano flaca y amarilla.

Era la primera vez que un enfermo pedia á las jóvenes un servicio de este género. Tanto Adriana como Eduvigis ignoraban las formas ordinarias de la pignoracion de una prenda y se sintieron embarazadas.

— Voy á preguntar á mi mamita, dijo Eduvigis alejándose.

Durante el instante en que Adriana quedó sola, de pié ante el lecho de Edgardo, sus miradas no se separaron del rostro del enfermo. Habia en la fisonomía de ese desgraciado jóven, no solo la expresion dolorosa del malestar físico y de una naturaleza que se siente gastar y consumir interiormente, sino el reflejo de una profunda desolacion moral. Con los ojos fijos en el techo, Edgardo parecia en efecto reconcentrado en un recuerdo tierno y querido que le era inspirado sin duda por el pensamiento de su posicion y que le hacia medir toda la inmensidad de su desgracia.

— Debe ser un forastero, pensó la jóven, y al verse aquí se acuerda tal vez de su país y de su familia.

Eduvigis volvió acompañada de la viuda. Dª. Inés aceptó sin dificultad el encargo del pobre alférez. El anillo era una sortija sencilla, tosca, de oro pálido y gastado, de engaste antiguo con una ancha esmeralda plana y opaca.

Edgardo la desprendió del dedo con alguna dificultad. Nadie podria decir lo que pasaba en su alma en ese instante. El infortunado alférez se volteó á medias hácia la almohada, y enterrando en ella la frente, en una actitud al principio indecisa, como si hubiera temido practicar una accion de

niño, llevó la sortija con las dos manos á sus labios é inclinándose sobre ella la besó tres veces. Cuando se volteó para entregarla, habia en su rostro, cubierto de sangre en toda la parte inferior, un torrente de lágrimas.

— No se admiren Vds., señoritas, dijo con un acento triste y desgarrador : es un recuerdo de mi madre.

El frio súbito é intenso de las grandes emociones estremeció el corazon de la madre y de las hijas. Adriana dejó asomar á sus ojos dos gruesas lágrimas, y las tres salieron de la covacha conmovidas y con cierta precipitacion como si huyeran de un espectáculo ante el cual les faltaban las fuerzas.

VII.

La imágen del infortunado oficial no se separó durante todo el dia del pensamiento de Adriana. La sensible doncella habria querido interrogar á Edgardo sobre su madre, su familia, su país, y si le hubiera

sido posible ir á hablarle de todo esto para consolarle ó á pasar cuidándolo los dias y las noches á su cabecera, hasta devolverlo á la vida ó entregarlo á la muerte, lo habria hecho sin vacilar.

Estas primeras impresiones hicieron del alférez un enfermo preferido: era la primera vez que la familia Lorbeza manifestaba predileccion por alguno de los pacientes del hospital. La compasion por el desvalido forastero se convirtió bien pronto, por parte de Adriana, en tierna simpatía por el jóven, y esta simpatía en amor por el hombre.

El dia en que el alférez se levantó por primera vez y en que Adriana lo distin-

guió desde la ventana de reja paseándose, como todos los convalecientes, en el claustro del hospicio, fué un dia de dicha para ella lo mismo que para toda la familia. Todas corrieron á la ventana, y las sonrisas y los signos de satisfaccion se cambiaron de lejos.

La convalecencia de Edgardo fué relativamente corta. Cuando el jóven Arceles salió del hospital, su primer pensamiento fué hacer una visita de gratitud á la familia Lorbeza. En esta visita la conversacion fué animada y sincera; las preguntas sobre su posicion, su edad, su nombre, su grado, su país y su familia se multiplicaron al rededor suyo. Edgardo contestaba á todas

con placer. Era la primera vez que el jóven oficial se veia en Lima en un centro de simpatía y de expansion que le hacia recordar su hogar distante. Este interés sin motivo por las mas caras afecciones de su corazon lo enterneció profundamente.

En el momento en que el alférez se levantó para despedirse, Adriana le dijo :

— ¿Tendremos el gusto de volver á ver á Vd.?

— ¡Oh, señoritas! Vds. saben que yo no puedo olvidarlas. Yo vendré á verlas cuantas veces pueda.

— Vd. será como todos. Cada uno dice

lo mismo y nadie vuelve á acordarse de nosotras.

Adriana decia la verdad en estas palabras, pronunciadas con cierta tristeza. Cada oficial de los que habian atendido en el hospital se creia obligado, el dia de su salida, á hacerles una visita; pero, sea porque solo encontráran en ellas unas pobres mujeres, cuya amistad no tenia ningun atractivo, sea por otras causas, lo positivo es que, en el período de tres años, ninguno habia cumplido la promesa de la segunda visita.

— Vd. verá si yo soy ingrato como todos, replicó Edgardo sonriendo y con un acento sentido.

El reconocido moqueguano no dejó sub-

sistir mucho tiempo la duda sobre la duracion y lo sincero de su gratitud. Al domingo siguiente un ramo de flores y un canasto de escogidas frutas fueron á atestiguar á la familia el recuerdo del jóven oficial. La casualidad quiso que pocos dias despues Edgardo recibiera de Moquegua una *encomienda*, es decir, una multitud de esas sabrosas golosinas de lugar que las familias de provincia suelen enviar á sus parientes ó amigos, como para hacerles gustar, por el sabor, el recuerdo inefable del país natal. La encomienda pasó intacta á casa de las señoritas Lorbeza.

En el intérvalo, las visitas del gallardo alférez comenzaron á repetirse.

Una circunstancia impresionó profundamente su ánimo y tuvo una influencia decisiva en sus relaciones con esta familia. Hemos dicho que en el hospital no dejaban de circular algunas aserciónes vagas contra la virtud de las vecinas. Edgardo comenzó á visitar la casa bajo la impresion de esos rumores, aunque dudando de su verosimilitud. A fin de no engañarse sobre el carácter que debia tener su amistad, el alférez se puso en observacion. Bastaron sin embargo algunos dias para que palpara de cerca la casi-miseria en que vivian estas desdichadas mujeres, forzadas por la misma miseria á llevar una vida de trabajo y recogimiento. Arceles no vió nunca en la casa nada que revelara el comercio de la virtud

ni el amparo oculto de un hombre que pasara escondido entre las sombras del dormitorio, como se ve algunas veces. Por el contrario, la sencillez interior de la casa, las maneras humildes de las niñas y la delicadeza de principios morales y religiosos que manifestaban en la conversacion, contrastaron extrañamente con las impresiones primitivas del jóven. A unos cuantos pasos de este interior, modesto y triste pero honrado, habia sin embargo hombres á quienes si Edgardo hubiera ido á contar todo eso, habrian reido de él como de un niño ó como de un tonto.

Este contraste conmovió todos sus sentimientos generosos y sinceros. La concien-

cia justa y noble de Edgardo se preguntó con amargura si era posible que el mundo cometiera tan crueles injusticias. Desde ese instante el jóven alférez sintió por la familia Lorbeza no solo los impulsos de la gratitud, de la amistad y de una compasion respetuosa, sino el cariño tierno é instintivo con que nos apasionamos naturalmente por las personas á quienes la ligereza habitual de nuestra sociedad calumnia sin razon y cuya intimidad sin mancha conocemos nosotros solos.

Todas estas emociones y los dulces ratos que el jóven forastero iba á pasar en sus horas de descanso en esta pobre casa, excitaron en su corazon la necesidad de una

afeccion mas individual, mas reconcentrada y mas íntima. La belleza ideal de Adriana lo habia deslumbrado desde el principio. Edgardo no tuvo terribles luchas ni grandes dificultades para olvidar á su prima. La precaria novia, que mas que su propia voluntad le habia designado la voluntad de sus padres, no podia satisfacer todas las exigencias de su corazon. Adriana le habia aparecido en su lecho de muerte como un ángel de caridad, de hermosura y de consuelo para su existencia de forastero. Por su parte la jóven se sentia seducida por la dulzura, la viveza, la bondad de sentimientos y la belleza juvenil de Edgardo.

Un dia en que la casualidad hizo que

se encontráran solos en la sala de la casa, la timidez, que contiene siempre la primera palabra, cedió ante el embarazo de una situacion insostenible. Las efusiones del primer amor desbordaron en las dos almas, Edgardo cayó de rodillas á los piés de la jóven, cubriendo sus manos de besos, y los dos corazones estallaron en lágrimas.

Desde ese dia Adriana y Edgardo se amaron locamente. Las obstáculos vinieron á aumentar la intensidad de esta pasion sincera é irresistible. Ya sabemos hasta dónde condujeron á Adriana los ímpetus ciegos de este amor entrañable, en que ambos reconcentraron toda la sensibilidad de su vida.

Las visitas de Edgardo y sus amores produjeron una viva impresion en el hospital. Los oficiales enfermos comenzaron á ver con menos respeto á las vecinas, y los que iban diariamente de guardia á San Bartolomé, pasaban horas enteras observando si Edgardo entraba ó salia de la casa. Unos y otros se permitian palabras y signos equívocos para el delicado pudor de las niñas. Todos estos hechos llegaron á conocimiento de Dª. Inés. La honrada viuda ordenó á sus hijas que no se sentáran jamás á coser en la ventana de reja y que observáran la mas estricta severidad. Pero las insinuaciones irrespetuosas redoblaron.

Las viejas del vecindario no tardaron en

convencer á la señora que Edgardo era la causa de todo. Dª. Inés habia visto sin inquietud las visitas del alférez; pero esta circunstancia le hizo reflexionar en el porvenir de sus amores con Adriana, que cuando mas, acabarian por que su hija se casara con un militar en una posicion muy subalterna y sin los recursos necesarios. Despues de muchos disgustos interiores y de muchas lágrimas de Adriana, el jóven oficial fué despedido de la casa, al principio amistosamente y despues, á causa de algunas contravenciones secretas, de una manera brusca y violenta.

A pesar de esto, los rumores y los cuchicheos de viejas aumentaron en la vencidad.

Las visitas al hospital fueron suprimidas. Pero continuando sin cesar, nuevos dichos ofensivos y nuevas imputaciones contra sus hijas llegaban cada dia á oidos de Dª. Inés. Edgardo aprovechaba de cuantas ocasiones podia para ir á San Bartolomé. Esto le procuraba la ocasion de ver á Adriana, aunque fuera de lejos. Hoy era un amigo enfermo, mañana otro que se hallaba de guardia. Aunque todo esto pasaba sin escándalo, la desesperacion fué apoderándose del ánimo de la pobre señora, que, para tomar una medida radical, resolvió cambiar de domicilio.

Cármen y Eduvigis, como sucede siempre en estos casos, simpatizaban natural-

mente con los amores de su hermana y habia entre las tres como un juramento sobrentendido para favorecerlos. Edgardo solia ir furtivamente á la casa, protegido por ellas. En una de estas visitas secretas fué en la que Dª. Inés, por una extraña casualidad, lo encontró oculto una noche en el cuarto de Adriana.

El lector conoce los acontecimientos sobrevenidos desde ese dia.

VIII.

Era una noche de marzo de 1853. El triste pueblo de Miraflores, iluminado por los plateados rayos de la luna, habia dejado extinguirse hacia tiempo los ruidos del dia: para expresarnos con mas precision debía-

mos decir, que el silencio del dia se habia hecho mas profundo y misterioso. En las calles solitarias solo se oian los pasos de algunos hombres del lugar. Los árboles dejaban asomar sus ramas por sobre el cerco de los huertos, de donde salia la brisa fresca de la noche con el perfume de los jazmines, los chirimoyos y los aromos. La luna brillaba en el fondo de un cielo purísimo y reverberaba sobre un mar límpido, azul y transparente. La humilde iglesia del pueblo dibujaba la sombra de sus torres sobre el suelo de la plaza. Las pocas familias que habian ido allí á pasar el verano, despues de caminar al borde de la cuesta para contemplar el mar, habian vuelto á encerrarse en sus ranchos. Algunas se habian instalado en los

corredores con un sentimiento de indolencia que se revelaba por la actitud de las personas recostadas, ya en la hamaca, ya en los muelles sillones ó en el apoyo que sirve ordinariamente de descanso á los pilares delanteros del corredor.

¿Porqué los antiguos nobles de la corte de Lima han preferido el estéril pueblo de Chorrillos al bello pueblo de Miraflores? Ni la naturaleza ni otros incidentes locales han hecho del primero un lugar de recreo campestre. El campo no se concibe sin campiñas, sin huertas, sin jardines, sin flores, sin arroyos y sin fuentes. Los árboles son un elemento de salud y de grata sombra contra los ardientes resplandores del sol; las flo-

res son un elemento de admiracion, de perfume y de alegría. El vivo rayo del sol que á través del emparrado cambia en prisma de colores la onda del arroyuelo que serpentea ó del lago que se estremece, la arboleda llena de frescura, los bosquecillos y las enramadas llenos de misterios y de calma, las flores suspendidas y reflejando sus matices al borde de las fuentes, alegran el alma y constituyen el mas bello y risueño contraste con los objetos monótonos que nos rodean en la ciudad. La caleta de Miraflores ofrece para los baños las mismas condiciones naturales que la de su rival. El aire y las aguas son mas saludables segun la opinion de los médicos. La perspectiva pintoresca del valle y del mar, cuando se contempla de una

azotea de Miraflores, es mas bella que del *Salto del fraile*, cerro estéril y sombrío que corta bruscamente el horizonte de Chorrillos. El uno es el centro de un panorama; el otro es el límite. El dia en que la opulencia y la elegancia borden esa rada de risueñas y verdaderas casas de campo y pueblen el valle de bien cultivadas propiedades, tendremos una de las mas gratas mansiones de la tierra. Ese valle jamás oscurecido por la tempestad, azotado por la lluvia ni siniestramente iluminado por el rayo; y en particular esa resplandeciente cintura de tierra suspendida sobre un océano siempre sereno y cobijado por un cielo siempre azul ó dulcemente melancólico, están llamados á ser un oasis privilegiado de delicias y de en-

canto para las clases ricas de las grandes ciudades de América. Cuando el gusto y los hábitos de comodidad, ayudados por el tiempo y la mano del hombre, den á esa ribera el aspecto artificial y pintoresco de las residencias de verano europeas, la América elegante vendrá á reposarse á la sombra de nuestros chirimoyos y platanares de la misma manera que la aristocracia europea va á reposarse bajo los naranjales y sicomoros de los bellos golfos de Italia. ¿Habeis admirado la tranquilidad de ese mar y el arco gracioso de la ribera? — ¿Habeis contemplado, en un dia de sol reverberante, la verde cinta de vegetacion natural, suspendida á los barrancos de ese arco? — ¿No parece el bello fragmento de una copa de esmeraldas?

Chorrillos ha sido una moda y la moda no es sino el capricho. Cuando cabalgado sobre un ágil y bizarro caballo ó sentado muellemente en el coche de un tren distinguís á lo lejos los ranchos de Miraflores, sus tres ó cuatro torrecillas, destacándose sobre las nubes sonrosadas de la tarde, parecen deciros : « aquí la soledad, el silencio y el reposo, los soplos de la brisa perfumada, un poco de sombra y de verdura. » Pero habeis cedido á la moda y teneis que seguir vuestro camino. Pensando entonces en Chorrillos os decís : « allá el bullicio, el movimiento, la misma multitud con las mismas fisonomías de la ciudad, los ardores calcinantes del sol, las ondeadas de polvareda y las agitaciones del juego. » Deseábais un dia

de aislamiento y correis tras el tumulto; deseábais la libertad y vais á hallar las tiranías de la etiqueta y del lujo; deseábais verdes campos y vais á encontraros con la monótona y áspera esterilidad. Los humildes huertos del pueblo os sonrien con dulzura. Vuestra conciencia ha establecido otras secretas comparaciones que os entristecen, vuestro pecho se dilata para respirar el aire de esos sitios, y vuestros ojos se vuelven como para ver una vez mas el pueblo que dejais á distancia. Miraflores está vengado!

Esa noche la tranquila bahía estaba bañada por toda la claridad pálida que irradia la luna en la plenitud de su belleza. El cielo estaba sin una nube. Las aguas del mar pa-

recian inmóbiles y vastos reflejos brillaban sobre su superficie como anchas zonas de plata. La serenidad , el silencio y el triste resplandor del astro de la noche llenaban la inmensidad del horizonte transparente. En el fondo de esa transparencia se distinguian, como mazas informes, los islotes de San Lorenzo. Algunos barquichuelos de pescadores, mas ó menos lejos , cubrian como manchas negras el azul tierno de las aguas. Dos amantes jóvenes y apasionados por lo bello, sentados en la ribera ó tendidos dulcemente sobre la falda del *Salto del fraile,* habrian palpitado esa noche de admiracion y de adoracion hácia Dios, ebrios de calma y de felicidad. Como para animar este cuadro , la forma graciosa de uno de los vapores de

nuestra escuadra nacional se mecia casi imperceptiblemente con sus altos mástiles en medio de la rada solitaria.

Era uno de esos dias de fiesta del verano en que las clases acomodadas corren á Chorrillos, mas que á buscar un alivio á los calores ardientes de la ciudad, á buscar un centro de placer. El vapor que se hallaba en la rada habia conducido del Callao á Chorrillos algunos elevados personajes del país.

Habia por esa época en Miraflores unos pocos soldados de guarnicion. Por un extraño capricho, uno de esos soldados, lo que equivale á decir uno de esos indios, se

puso á recorrer las calles tocando en la *quena* algunos *yaravíes*.

¿Quién no ha oido alguna vez en una de nuestras serranías, sentado en el vasto patio, á la puerta de las habitaciones de la casa, en un círculo silencioso de familia ó de amigos, á los blancos rayos de la luna, esos *tristes* nacionales tocados con toda su tétrica rusticidad por un indio? — ¿Quién no ha sido sorprendido por los ecos deliciosos de esas lúgubres melodías descendiendo de noche una garganta solitaria y escarpada de los Andes, á cuyo pié brilla un riachuelo con los tristes reflejos de la luna y en cuyo fondo se distinguen los techos de la aldea en donde el sueño nos

espera? La quena es el instrumento y el yaraví es la música del Perú. La tristeza del yaraví está en la fisonomía melancólica de la raza peruana y en el aspecto sombrío de esas inmensas llanuras cubiertas de nieve, sin otro signo de vida que el indio solitario que conduce la llama y la choza humeante en el límite del horizonte. En el carácter de tristeza suprema de esa música hay algo como los gemidos del alma de una raza entera, que llora en las soledades su pasado con el mismo sentimiento de desolacion infinita con que Job lloraba su miseria. El espíritu de las razas simpatiza por una ley fatal con la naturaleza en que viven. Si sois peruano, si amais la América, si en vuestro corazon germinan

las emociones de la naturaleza en que habeis nacido, las mas dulces armonías de Donizetti y de Bellini no impresionarán jamás vuestra alma como los tiernos sollozos de un yaraví, agudos y monótonos sin duda; pero cuyas notas, llenas de una patética dulzura, cuando las escuchais perdidas en la soledad y en el silencio, os sobrecogen y dominan inflexiblemente con un sentimiento de tristeza embriagadora.

Las familias instaladas en los corredores de los ranchos de Miraflores contemplaban con cierta tristeza poética la magnificencia tranquila de la noche. Los ecos de los yaravíes tocados por un indio en las calles solitarias del pueblo vinieron á au-

mentar las dulces emociones de ese sentimiento.

Digamos para continuar nuestra relacion que entre esas familias se contaba la humilde familia Lorbeza, y expliquemos cómo.

La enfermedad de Dª. Inés no tuvo el término fatal que se temia. Una reaccion inesperada la puso en pocos dias en via de convalecencia.

El señor Arasnegui habia sido testigo de la abnegacion y del amor, ó mejor dicho, del heroismo moral con que las hijas de su antiguo amigo se habian conducido en esa larga lucha contra la muerte y las

necesidades superiores á su miseria. Enternecido ante tanta virtud, el corazon del alegre propietario tuvo un impulso generoso. Sea por un sentimiento sincero ó con la mira de excitar las simpatías poco pronunciadas de Adriana en su favor, el buen anciano siguió ese impulso é hizo una bella accion.

Don Julian poseia un rancho amueblado en Miraflores. Alejando toda apariencia de humillacion para la familia y con todas las delicadezas de un hombre bien educado, ofreció el rancho á la señora. Con una sonrisa y una broma, puso en seguida entre las manos de la pobre viuda una cantidad de dinero. Este dinero debia servir para

que las niñas pudieran descansar de todo trabajo durante un mes, á fin de que la convalecencia de la madre se completara en el campo, como lo habian ordenado los médicos. Dª. Inés vió en este acto de generosidad, mas que el servicio de un amigo, el amparo anticipado de un yerno y aceptó sin escrúpulo y con gratitud.

IX.

Cuando el soldado tocaba sus yaravíes, la familia Lorbeza se hallaba como todas las otras en el corredor del rancho.

Eran las nueve de la noche. En el solitario vapor que se mecia en la rada aca-

baban de tocar á silencio. El oficial de guardia se paseaba distraidamente sobre cubierta. Los centinelas velaban en sus puestos. En medio de la tranquilidad solo se oia el ruido de las olas que azotaban los costados del buque. Dos individuos salieron de repente, uno despues de otro, con una lentitud cautelosa, por la escalera de la cámara de proa y aparecieron sobre cubierta. Tratando de ocultarse del oficial de guardia tras de la chimenea y de los aparejos, ambos se avanzaron hasta la obra muerta, se inclinaron hácia fuera y mirando á los bajos del buque se dijeron en voz baja: Allí está el bote.

Era evidente que se trataba de una excur-

sion furtiva. Uno de los individuos se hallaba vestido con el uniforme de oficial de marina, el otro con el de oficial de infantería. El jóven marino que se hallaba de guardia y estaba de acuerdo con ellos, habiéndolos visto de soslayo, se sentó á popa con un aire de indiferencia y se puso á mirar hácia otro lado de la rada. El centinela de cubierta colocado á estribor, obedeciendo á órdenes anteriores de su sarjento, fingia hallarse profundamente dormido. Los dos individuos bajaron por el lado de babor, deslizándose como dos sombras y sin que se oyera el eco de una sola pisada. Cuatro marineros los esperaban, silenciosos é inmóbiles, en el bote que se habia avanzado imperceptiblemente para recibirlos. Cuando

se encontraron en la embarcacion, el oficial de marina ordenó á solo dos de los marineros que remáran lenta y suavemente á fin de alejarse haciendo el menor ruido posible.

Una vez á algunas brazas de distancia y en un límite en que los del vapor no podian ni reconocerlos ni oir el ruido que hicieran, el mismo oficial se puso un instante de pié y recorrió con la mirada los diferentes grupos de casas que bordan la ribera. Fijándose al fin en el de Miraflores, y tomando el timon, rompió el silencio con estas palabras :

— Ea, muchachos ! Remar con entu-

siasmo, y no olviden que todos serán bien recompensados, si se guarda el secreto.

— No haya cuidado, mi alférez, respondieron á un tiempo las cuatro voces.

Y mientras Edgardo y su amigo se pusieron á reir y á conversar en voz baja, la embarcacion comenzó á deslizarse con una rapidez increible al golpe uniforme de los cuatro remos, de cuyas alas se desprendian las gotas de agua como franjas de plata en hilos brillantes y cristalinos.

Media hora despues, el bote encallaba con suavidad en las piedras de la playa de

Miraflores. Edgardo y su amigo saltaron á tierra. Los marineros se alejaron con la órden de esperar atentamente. Los dos oficiales tomaron en seguida el camino de la cuesta, es decir, el barranco que conduce al pueblo.

Las dificultades de Edgardo para saber cuál era el rancho que habitaba la familia Lorbeza fueron una serie de aventuras. Felizmente, al atravesar una esquina, Adriana creyó reconocerlo á lo lejos y envió á cerciorarse de si era él ó no al indiesito que las servia. Este indiesito, de diez ó doce años de edad, llamado Bautista, habia sido procurado á la familia por las atenciones del subteniente moqueguano.

Edgardo reconoció á su vez al muchacho con la mas agradable sorpresa; le hizo una serie de preguntas convenientes á su propósito y le entregó un billete para Adriana. El indio, contento de haber visto al que consideraba como su protector natural y por el placer que iba á causar á la mas querida de sus patronas, volvió al rancho y entregó á Adriana el billete de una manera cautelosa. Adriana se alejó inmediatamente para leerlo á solas.

El billete, meditado de antemano, contenia estas palabras:

« La casualidad me favorece. He recibido todas tus cartas: no comprendo por-

qué sufres tanto y te desesperas. Sal á hablarme si no te es imposible. No temas nada. Te aguardo hasta las tres de la mañana cerca de tu rancho. — Amor y esperanza! »

Adriana no vaciló y volvió á reunirse á sus hermanas, diciendo que iba á acostarse porque caia de sueño.

Pocos momentos despues Edgardo y el jóven marino, ocultos tras de la esquina, vieron cerrarse las puertas y ventanas y extinguirse las luces interiores del rancho una despues de otra.

El enamorado subteniente esperó du-

rante una hora con la mayor impaciencia.

Al cabo de este tiempo, una hoja de la puerta de la sala se abrió á medias y sin ruido. Adriana, cubierta con un largo pañuelon, y en seguida el cholito salieron por ella, y despues de retirar y guardar la llave avanzaron hasta fuera del rancho. El corazon de Edgardo palpitaba con una violencia terrible. La jóven miró á todas partes y comenzó á andar. El subteniente la siguió de lejos y no se reunió á ella hasta que hubo dejado tras de sí la calle en que habitaba.

Adriana caminaba pálida y trémula. Al

ver á su amado que se acercaba, le dijo:

— Vamos lo mas lejos posible. Hay personas que se recogen á esta hora y ante las cuales me comprometeria.

El alférez y la jóven atravesaron juntos las calles mas solitarias del pueblo é instintivamente tomaron el camino del barranco. Viéndose allí, Edgardo pensó que á esa hora el lugar no podia ser mas solo ni mas tranquilo. Instando á Adriana para que bajara, la condujo hasta ese recodo en que el camino cambia de direccion volviendo sobre sí mismo. En esa especie de azotea, suspendida sobre el mar, habia un poyo de cimiento para reposo del transeunte fati-

gado. Los dos amantes se sentaron en él. El jóven oficial de marina, seguido por el indio, descendió hasta la playa.

Fué en ese humilde recodo del barranco de Miraflores y ante ese paisaje risueño, silencioso y encantado que tuvo lugar la escena mas tierna y conmovedora que puede realizarse en los episodios secretos del amor humano. Seria imposible decir todos los suspiros, los sollozos, las efusiones, los éxtasis, los arrebatos de ternura y de consuelo, las emociones íntimas, las reacciones de tristeza, las palabras de esperanza y las lágrimas enjugadas con el fuego de los labios que se sucedieron en la conferencia de los dos amantes. Adriana ha-

bia esperado encontrarse en presencia de Edgardo para decirle lo que no habia querido comunicarle en sus cartas. ¿Cuál era este secreto? El lector juzgará del estupor del subteniente al oir á Adriana, anegada en llanto, que dentro de algunos meses podia ser madre.

Adriana dejó desbordar de su corazon todo el dolor acumulado en él secretamente. Por una de esas inspiraciones naturales en la mujer, la jóven encontró palabras para comunicar al alma de Edgardo el sentimiento de su dolor, largo tiempo comprimido.

Un profundo silencio sucedió á las palabras de la jóven.

Adriana continuaba llorando. Edgardo permaneció algun tiempo impasible, con los ojos hácia el cielo, como un hombre que medita en la fatalidad de su estrella. Pero al fin tomando entre sus manos la cabeza de Adriana con un movimiento de efusion repentina, la besó en la frente tres veces. En seguida entrelazando las manos de la jóven á las suyas y cubriendo de nuevos besos sus ojos humedecidos, la dijo conmovido hasta las entrañas y con el acento mas tierno:

— Bendita seas!

Edgardo comprendió, por sentimiento, que el primer impulso de su corazon ante

la nueva existencia que acababa de revelársele, — don sagrado de la Providencia, — no debia ser una queja contra el destino sino una bendicion para la madre.

Los amantes conversaron sobre las complicaciones de su situacion. Estas complicaciones eran sérias y amargas. Por un lado los compromisos de Edgardo para con su prima, sus tios, sus propios padres, y las recriminaciones de toda su familia si no cumplia con el deber moral que habia contraido; por otro lado la deshonra de Adriana, la de toda su familia, la desesperacion de su madre y el escándalo ante la sociedad eran eminentes. La jóven culpable

veia ante sí largos meses de tribulaciones íntimas, á cuyo término encontraria la afrenta. Solo el matrimonio podia salvarla. Edgardo habia hecho de este amor el bien supremo de su vida y anhelaba ese matrimonio mas que ella misma.

El jóven oficial habia oido decir que el buque en que se hallaba de guarnicion haria pronto un viaje á los puertos del Sur. Esto le daba la esperanza de ver á sus padres. En concepto de Edgardo, las eventualidades de su porvenir solo dependian de esta circunstancia.

Despues de todas estas reflexiones, viendo el descontento y la inquietud de Adriana, el alférez le preguntó :

— ¿Qué es lo que tú quieres que hagamos?

— Mi mas cruel idea es la vergüenza ante mis hermanas y el dolor de mi madre. Mi secreto es par mí una tortura continua. Quisiera revelar mi falta á mi familia, implorar el perdon de mi madre y que tú repitieras ante ella los juramentos y las promesas que me has hecho.

Edgardo hizo presente á Adriana que esto seria inútil tal vez y equivaldria á adquirir un grave compromiso, que él no podia contraer sin romper de antemano el que lo ligaba á su prima, y sobre todo, sin el consentimiento de sus padres.

La réplica á esta contestacion fué un desborde de lágrimas. La hora del castigo llegaba para la jóven. Estas palabras de Edgardo eran para ella no solo una humillacion sino un desengaño.

Por un movimiento súbito, irresistible y sincero de la pasion, Adriana exclamó:

— Tú no me amas... Dios mio!... no me queda mas que la deshonra!

Edgardo sintió que el corazon se le hacia pedazos en el pecho. La emocion le ahogaba la voz. Cayendo de rodillas y llorando, lo que le sucedia muy rara vez, á pesar suyo, comenzó á cubrir de besos las rodillas, las manos y el seno de su amada.

La jóven oprimió tiernamente la cabeza de Edgardo contra su pecho.

— ¿Porqué quieres que te jure, Adriana mia, dijo este, que te amo con toda la sensibilidad de que soy capaz? — ¿Porqué quieres que te jure que tu amor es la única dicha de mi vida y que mi supremo sueño de felicidad es el de llamarte mi esposa? — ¿Porqué quieres que te jure que no hay perfidia en mi resistencia á contraer ante tu madre un compromiso anticipado? — ¿Porqué quieres que te jure que lo único que me detiene es la idea de que mi destino no me pertenece enteramente, y que si deseo ver á mis padres es por realizar cuanto antes la esperanza de casarnos? — ¿Porqué dudas

de mi amor, Adriana, cuando yo siento en mí que ni mi prima ni ninguna mujer sino tú, tú sola, poseerá jamás mi corazon ni será jamás mi esposa?

— Yo no dudo de tu amor ni de tu sinceridad; pero temo que tarde ó temprano los intereses de familia, las súplicas paternales, los ruegos de tu madre á quien amas tanto, te hagan olvidarte de mí. Tu prima te ama y es rica. Yo no soy sino una pobre; yo no soy sino la humilde hija de una familia desgraciada, sin posicion que ofrecerte y que vive de su trabajo.

— Yo resistiré á todo, replicó Edgardo interrumpiendo las últimas palabras de la

jóven, á todo, hasta las súplicas de mi madre.

— ¿Quieres jurármelo por ella?...

Edgardo miró al cielo con un movimiento desesperado como un hombre que busca un pensamiento salvador : haciendo en seguida un esfuerzo violento entre sus dos manos, presentó á Adriana la antigua sortija que como un recuerdo maternal llevaba siempre consigo y que el lector conoce ya.

— Mira, exclamó el jóven alférez; hé aquí el anillo merced al cual nos conocimos en la enfermería de un hospital, que llevaste de mi lecho de muerte á una casa de préstamo y que has besado tantas veces en mi mano

invocando esos recuerdos. A tí te debo la vida; á él le debo la felicidad de haberte conocido. A ese anillo está unido el destino de nuestros amores. Él es el santo talisman de mis mas caras afecciones. Mi madre lo llevaba en su mano el dia de su matrimonio: al despedirse de mí lo colocó en la mia con las angustias del último abrazo. Este anillo representa las grandes alegrías y los grandes dolores de su vida: él representa tambien mis propias alegrías y mis propios dolores. Tómalo. Ese es el símbolo de mi alma: consérvalo como un tesoro. Por él, por aquella cuya imágen trae á mi corazon, por la pureza de nuestras primeras simpatías, por el Dios que nos escucha en esa inmensidad y ese silencio yo te juro que los rue-

gos de mi madre no cambiarán mis sentimientos ni mis resoluciones, que mi felicidad ó mi desgracia será la tuya, y que repudiado por toda mi familia, y aunque fuera para vivir contigo en la mendicidad, sin porvenir, olvidados de todos, escondidos en un rincon del mundo, yo te amaria y te haria mi esposa!

Adriana humedeció con sus lágrimas el anillo de Edgardo, y despues de contemplarlo á la luz de la luna en su propia mano, lo besó repetidas veces y lo estrechó contra su corazon.

Cansado de esperar, el jóven marino subió á advertir á Edgardo lo avanzado de la noche.

Los dos se separaron ante la puerta del rancho en que dormia tranquilamente el resto de la familia. Sus semblantes revelaban la resignacion y la tristeza de dos almas que sufren y que no han tenido tiempo para comunicarse todas sus emociones.

A la mañana siguiente, toda la familia salió á respirar el aire de la ribera. El buque, que la tarde anterior alegraba la rada, habia desaparecido.

Entre las brumas lejanas del horizonte se distinguia una columna de humo sobre un punto negro. La amada de Edgardo quedó contemplando, con una mirada melancólica, la mar y esa sombra que llevaba consigo todas sus esperanzas.

X.

Algunos dias despues D. Julian apareció, al declinar la tarde, á la puerta del rancho montado en un soberbio alazan. Era la segunda de estas visitas inesperadas. Mientras el imprevisto huésped ataba las riendas de

su caballo á uno de los pilares del rancho, la familia entera salió á recibirlo con exclamaciones de gozo y de sorpresa.

El alegre propietario estaba esa tarde mas dispuesto á la chanza y mas amable que de costumbre. Su fisonomía irradiaba de contento interior. Se le hubiera creido bajo la impresion de un acontecimiento dichoso cuya noticia iba á comunicar á sus amigas. Para cada una de las niñas, y sin olvidar á Dª. Inés, habia traido de Lima un objeto de regalo. El de Adriana, mucho mas valioso que los demás, era un regio y bellísimo corte de traje.

Despues de haber comido juntos en medio

de la expansion y de la alegría general, el señor Arasnegui se acercó á la viuda y le dijo algunas palabras en secreto.

Doña Inés dispuso inmediatamente que Cármen y Eduvigis, acompañadas de Bautista, fueran á ver á unas amigas, á quienes hacia tiempo debian una visita.

Hemos explicado la ascencion gradual en los sentimientos del señor Arasnegui. Lo que habia sido al principio una aventura se habia convertido en una ardiente pasion, aunque sincera, halagada siempre por esperanzas ilícitas. La indiferencia de Adriana habia redoblado la intensidad de esta pasion. La virtud de la familia Lorbeza habia ido poco

á poco ennobleciéndola y purificándola. Lo que habia presenciado durante la enfermedad de Dª. Inés la habia edificado, enternecido y deslumbrado como una vision evangélica. La misma frialdad de Adriana era una prueba de virtud para el enamorado propietario. La compasion, el respeto, el entusiasmo y el amor lo arrastraban hácia el hogar de esa familia. Las aspiraciones de una accion noble se confundian en su corazon con el delirio de un amor tanto mas ardiente cuanto mas glacial era la indiferencia de la jóven. La idea de dar á esta familia una felicidad merecida, pero inesperada, tentó su espíritu. D. Julian llegó á pensar sériamente en hacer de Adriana su mujer.

Este era el motivo de su imprevista aparicion y de su júbilo. Una vez solo con la señora y con Adriana, el propietario tomó un aire grave y circunspecto. Con los preludios solemnes de estilo, no tardó en declarar su bien meditado deseo.

Adriana era la pobre hija de una familia sin exigencias, que ganaba cada dia un salario para mantenerse. Casarse con un artesano honrado habria sido para ella un porvenir feliz. Casarse con un hombre rico, viejo si se quiere, pero activo, alegre y laborioso, debia parecerla una dicha increible. El señor Arasnegui, que tenia justa conciencia de sus cualidades, se habia dicho todo esto á sí mismo, y al anunciar su proyecto solo espe-

bara efusiones de aceptacion y agradecimiento.

Cuando D. Julian pronunció las palabras decisivas, las mejillas de Adriana se encendieron.

Doña Inés, que al fin veia su sueño realizado, murmuró algunas palabras sobre el gran honor que el propietario les hacia. Tomando los aires de una gran señora, manifestó lo vivo de su gratitud y concluyó por someter su decision á la voluntad de Adriana.

Cuando la viuda hubo terminado, un momento de silencio reinó entre los tres. Viendo que este silencio se prolongaba de-

masiado, la madre dijo con dulzura á su hija :

— Contestá algo, niña !

D. Julian agregó :

— Vamos, Adrianita, una sonrisa y una palabra !

Por una reaccion de la sangre, Adriana estaba en ese instante pálida como un muerto.

Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, la jóven pronunció unas pocas frases que mas que una respuesta eran una evasiva.

El propietario pensó que era un exceso de pudor é hizo algunas reflexiones.

Adriana replicó esta vez en un sentido que, al mismo tiempo que revelaba los sentimientos que hacia nacer en su corazon la bondad de D. Julian, equivalia á una negativa.

El señor Arasnegui se sintió turbado. En seguida se preparó como un hombre que va á entrar en una discusion de fórmula mas que de necesidad, pero que quiere manifestar en ella todo su buen sentido. Dirigiéndose de frente á Adriana, le dijo con cierto énfasis lleno de calma y de ternura:

— El corazon y la razon, Adriana, aconsejan á mí este matrimonio. En cuanto á Vd., seamos sinceros, si no se lo inspira

á Vd. un sentimiento se lo aconsejaria su posicion. Es preciso no olvidar que Vds. son pobres y solas. La señora está vieja y cansada. La vida de rudo y honroso trabajo se puede sobrellevar algunos años, pero el desaliento y la fatiga llegan al fin. El dia en que sepultáran á Dª. Inés, quedarian Vds. completamente desamparadas. A toda familia le es preciso un hombre que la proteja y la haga respetar. Dª. Inés necesita un apoyo, Eduvigis necesita que se cuide de su educacion en los últimos años de su niñez, Cármen necesita un hermano que la guie. Todas Vds. necesitan un poco mas de desahogo y un poco menos de trabajo. ¿Porqué no procuraria Vd. todo esto á sus mas caras afecciones aceptán-

dome por esposo? Vamos, ya veo que comienza Vd. á enternecerse. Tiene Vd. en sus manos el porvenir de su familia. No tengo veinte años, es verdad; pero ofrezco á Vd. la ternura de un padre, la efusion ardiente de un jóven y la vida de paz de una vejez tranquila, honrada y laboriosa.

En efecto, algunas lágrimas comenzaban á correr por el rostro de Adriana. El sentimiento de la verdad de esas reflexiones fué en ella súbito é instintivo. Antes que D. Julian detallara la desvalida situacion de su familia, la verdad y la miseria de ese cuadro se le habian presentado como á la luz de un relámpago. Bajo una apariencia

de tranquilidad los mas horribles sufrimientos devoraban su corazon. Tenia en sus manos la prosperidad honrosa de su familia, la dicha para los últimos años de su madre, y el único obstáculo para aceptarla era su amor por Edgardo. Aunque se hubiera hallado dispuesta á sacrificar ese amor, su falta hacia ya imposible la aceptacion de tanta felicidad. La conciencia de la jóven, torturada, ensangrentada y desgarrada por el remordimiento, sintió algo como los dolores de la víctima sensible y palpitante aun, cuyas entrañas devora la pantera en el desierto. La generosidad del hombre superior que la pedia por esposa le hacia comprender su degradacion y la abrumaba de vergüenza interior. Su mayor suplicio

no era casi el de renunciar á una ventura imposible, sino el de sentirse indigna de ella y del sentimiento ingenuo y sincero del bondadoso propietario. Adriana iba á arrojarse á los piés de su madre y de D. Julian para revelarles su crímen y declararse indigna de tanta generosidad, redimiendo en algo su falta por un acto de humillacion sublime.

El recuerdo de Edgardo la detuvo.

Con una voz ahogada dijo á D. Julian:

— Vd. es muy bueno, demasiado bueno; pero ese matrimonio es imposible.

En seguida se levantó en silencio, y caminando como una persona á quien le faltan las fuerzas, desapareció lentamente por la puerta de un cuarto inmediato que cerró tras de sí.

La jóven fué á caer de rodillas delante de su cama frente á su favorita imágen de la Vírgen, la inseparable y fiel confidente de sus secretos, suspendida siempre á un muro de su cuarto. Despues de haberla contemplado al través del llanto que anegaba sus ojos con una mirada de suprema súplica, dobló la cabeza y hundió su rostro en los bordes del lecho. Dios solo sabe cuántas lágrimas derramó Adriana esa noche en la soledad y en la inmobilidad de

la desesperacion. El ángel del amor y del arrepentimiento las contó sin duda en los cielos.

La vergüenza, la humillacion, la duda del porvenir, el temor de un desengaño, las angustias de su secreto le despedazaban el alma. No hay dolor humano comparable á ese dolor. Adriana se sentia llena de los mas puros sentimientos, y sin embargo, en un momento de delirio habia hecho no solo su propia deshonra y su propia desgracia, sino la deshonra y la desgracia de su familia. A este pensamiento las fuerzas de su espíritu se desgajaban interiormente como en un vacío y se sentia desfallecer sin consuelo. La crueldad de su castigo redoblaba.

Al rayar la mañana el señor Arasnegui atravesó el camino de Miraflores á Lima en muy distintas disposiciones de las de la tarde anterior, sin saber á qué atenerse y con la tristeza despechada del enamorado en desgracia.

Desde ese dia Adriana se convirtió para Dª. Inés en el objeto de las mas escrupulosas observaciones. La madre queria sorprender el motivo misterioso de la inexplicable conducta de su hija.

Pobre madre! Algunas miradas atentas y algunos incidentes de la intimidad bastaron para excitar en su corazon las sospechas de lo que se pasaba. La jóven recono-

ció á su vez y casi al mismo tiempo las sospechas de su madre. La viuda callaba y continuaba sus observaciones. Desde entonces se estableció entre la madre y la hija una lucha disimulada y secreta de todo instante: Dª. Inés queria alcanzar el convencimiento de lo que no era para ella sino una presuncion. Adriana intentaba por su parte desvanecer esa presuncion por medio de mil artificios inocentes. Las angustias y los insomnios de la viuda fueron terribles. Una madre sabe que cuando una hija deja en el camino los jirones de su virtud, la prostitucion de las otras es inevitable. La duda llegó á devorarla con la mayor impaciencia. El disimulo de Adriana la irritaba y la obligaba á seguir guardando

silencio. Cada hora era un indicio desvanecido ó un nuevo indicio revelado.

Llevada por el deseo de conocer la verdad y despues de largos dias de hesitacion, Dª. Inés concibió una idea extraña. En una noche de desvelo se levantó de su cama en la oscuridad y se dirigió al cuarto de Adriana. Llegando á la puerta, la abrió con lentitud y sin el mas leve ruido. La madre entró al cuarto de la hija como si ella hubiera sido la criminal. Imagínese la figura descarnada y casi desnuda de la anciana avanzando á tientas y en las tinieblas, trémula de frio y de emocion, hácia el lecho de Adriana. Al llegar á él le faltó el aliento é iba á caer desmayada. Pero el

deseo de una prueba decisiva le infundió el valor del último esfuerzo. La jóven dormia tranquilamente. La anciana se inclinó, y temblando de conocer la verdad que deseaba, deslizó el brazo debajo de las coberturas. Al sentir la mano fria y seca sobre sus entrañas, Adriana lanzó un grito.

Creyendo que era un sueño, pero sobresaltada, la jóven encendió una luz instantáneamente.

A los piés de la cama, sentada en una silla se encontraba su madre. Dª. Inés lloraba no ya con la duda sino con la persuasion de su desgracia.

Tales escenas no se describen sino se sienten. Las revelaciones de Adriana fueron completas. El alma de una madre es un tesoro misterioso é infinito de bondad, de ternura y de amor. No hay palabras con que expresar las reacciones maternales en semejantes momentos. La madre siente y llora con el corazon de la hija; la resignacion se revela en la ternura de la primera pregunta, y las lágrimas del arrepentimiento se confunden con las lágrimas del perdon.

XI.

Doña Iñés no vió otro medio de redimir la falta de su hija y de salvarla de la deshonra que el de casarla con Edgardo.

Algunos dias despues se preparaba á

escribir á los padres del subteniente, de una manera digna y resuelta, cuando una carta de este, llena de esperanzas, vino á anunciar á Adriana que su buque zarpaba del Callao para ir á hacer en Arica algunos meses de estacion.

Desde este instante Edgardo se convirtió para la señora en el objeto de todos sus votos y de todos sus sueños. La madre y la hija se consolaban mutuamente y en secreto, llorando, esperando, orando juntas.

La familia Lorbeza volvió á Lima y á su vida de recogimiento y trabajo.

Las relaciones de D. Julian con sus inqui-

linas tomaron cierto carácter de reserva y severidad. El propietario habia hecho á Brígida confidente de su desdichado amor y de todo lo ocurrido, recomendándole que tratara de indagar con perspicacia el motivo de la conducta misteriosa de Adriana. La mulata, dueña entendida en estos manejos, dirigió todos sus avances hácia Bautista y lo colmó de halagos. El muchacho le declaró que él habia acompañado una noche, en Miraflores, á la niña Adriana, que salió á conversar en el barranco con su patron Arceles. Por esta revelacion y por ciertas indiscreciones fatales en semejantes casos, D. Julian no tardó en conocer con todos sus detalles la verdadera causa de la negativa incomprensible de la jóven.

El propietario se sintió poseido de la indignacion mas profunda y rompió todas sus relaciones con la familia acusándola de una refinada hipocresía. Por algunas palabras duras les hizo comprender que no los despedia de la casa, merced á un sentimiento de compasion.

Esto multiplicó las tribulaciones y la humillacion de la pobre familia. Adriana dirigia á Edgardo en todos los vapores una carta rotulada á Arica, segun él se lo habia prevenido. La casualidad le hizo saber por boca de un oficial amigo y paisano, que el subteniente Arceles habia obtenido licencia por algunas semanas para ir de Arica á Moquegua.

Pero Edgardo no escribia!

A la llegada de cada vapor del Sur, y en medio de la multitud que frecuenta en esos dias la casa de correos, se veia siempre, cerca de la entrada y hácia la derecha, una jóven bella y humilde, que recorria atentamente y con ansiedad la seccion de señoras en la lista de la correspondencia.

Esa jóven era Adriana. Su nombre no estaba nunca en la lista. Cada vapor era una esperanza desvanecida. La jóven volvia á su casa desolada. Interpretando interiormente con espanto el silencio de Edgardo, le era preciso aparentar siempre ante su madre y sus hermanas un resto de esperanza. La ver-

dad era que sus sufrimientos tocaban en la desesperacion del desengaño.

Los meses precursores de la hora fatal habian pasado en su mayor parte.

El corazon de la madre era un vaso de lágrimas contenidas. La casa habia tomado un aspecto de sombría tranquilidad. La expansion natural de las niñas se habia convertido en una actitud de reserva mutua, de desaliento y de tristeza. La misma Dª. Inés habia comenzado á resentir los síntomas de su enfermedad mortal. Parecia que el alma entera de la familia divisaba acongojada los nuevos signos de su infortunio, como las avecillas que al ver el tinte melancólico

de la naturaleza y las negras nubes del horizonte, se turban y amedrentan ante la tempestad que avanza.

La expiacion de Adriana era tal vez superior á su falta. Las cosas cambiaron repentinamente de aspecto, cuando la Providencia creyó colmada la medida.

Un dia el indio Bautista entró á toda prisa desde la calle hasta la sala, gritando con el rostro descompuesto de alegría:

— Mi patron Arceles! Allí viene mi patron Arceles!

Adriana, lívida á este grito, se precipitó

instantáneamente á la ventana de reja, miró á la calle y retrocediendo á toda carrera se dirigió hácia el patio.

El jóven alférez habia atravesado apenas el umbral de la puerta de la calle, cuando los dos amantes se arrojaron el uno en brazos del otro.

Edgardo condujo á Adriana, desmayada, sosteniéndola sobre su corazon y casi arrastrándola hasta el sofá de la sala.

La madre y las hermanas acudieron y los rodearon. La jóven volvió en sí como de un sueño con una sonrisa para Edgardo.

Hemos dicho que Adriana era un tipo per-

fecto de hermosura limeña. Su único defecto eran tal vez los colores vivos de su fisonomía y particularmente el tinte demasiado rojo de sus mejillas. La palidez de la maternidad habia ahuyentado esos colores sin alterar la expresion de sus facciones, embelleciéndola mas y bañando su rostro de resplandores celestes. Edgardo se quedó contemplándola absorto, trémulo de gozo, ebrio de alegría interior, como si habiendo dudado durante su ausencia, acabara de convencerse de nuevo de que Adriana era en efecto una belleza suprema é ideal que por su felicidad le pertenecia.

El contento de la viuda y de las niñas no tuvo límites al oir decir á Edgardo que den-

tro de quince dias Adriana seria su esposa.

El subteniente contó á su amada, en una confidencia íntima, todo lo que habia ocurrido en su viaje á Moquegua. El amigo á quien habia encargado de recibir y dar giro á su correspondencia en Arica se habia ausentado imprevistamente. Esto explicaba cómo Adriana no habia recibido ninguna de sus cartas.

Su llegada á Moquegua no podia haber sido mas oportuna. No era él el primero que habia roto los juramentos solemnes entre las dos familias. Su prima acababa de dar el escándalo de una infidelidad. Parece que la sed de amar devoraba su naturaleza. La dé-

bil criatura se habia enamorado esta vez de un rubio y rozagante aleman, que le daba lecciones de piano y de francés. El codicioso europeo comprendió la buena fortuna que se le presentaba, y aseguró á los padres que los defectos de su hija eran verdaderas bellezas, que solo en un país tan poco civilizado podian pasar por defectos.

Solo los preparativos de un matrimonio inmediato pudieron calmar esta vez las crisis de suspiros, de nervios y de desmayos de la jóven.

A la fecha en que hablaba Edgardo, su prima debia estar casada.

Una vez libre como por un encanto, el al-

férez no tardó en comunicar á su madre todos los secretos que le abrumaban. La excelente provinciana le oyó la relacion de sus amores con interés y con dulzura. El nombre de Adriana, para quien se hallaba bien dispuesta á causa de los cuidados que habia prodigado á su hijo en el hospital, produjo en ella una impresion favorable. El viejo capitan fué consultado.

Algunos informes sobre el antiguo mayor Lorbeza y su familia fueron secretamente pedidos á Lima. Los padres vieron en las promesas de Edgardo y en la desgracia de Adriana un caso de honor para su hijo. Puesto que él deseaba satisfacerlo de todo corazon, rehusarle su consentimiento habria

sido aconsejarle una accion indigna. Lejos de eso, los padres vieron con placer el sentimiento pundonoroso del jóven oficial. La idea de que se creara en Lima una familia y un círculo de afecciones les halagaba; y merced al entusiasmo y á la ternura con que Edgardo les habló de Adriana, en los últimos dias que pasó al lado de ellos, ambos terminaron por regocijarse tanto como d-gardo mismo de sus ilusiones y de sus proyectos de felicidad. Edgardo hacia para Adriana hasta los regalos de boda de sus padres.

El alférez agregó á su amada, con los ojos humedecidos por la emocion, que una de sus mayores dificultades habia sido la

de procurarse un poco de dinero para comprar muebles, arreglar las habitaciones en que debian vivir y los otros gastos indispensables de su establecimiento. La buena madre habia provisto á todo. Reuniendo algunas pocas alhajas que conservaba como recuerdos de sus mas bellos años ó como un tesoro de reserva contra los dias de escasez, la excelente señora le habia entregado al despedirse esas reliquias de su juventud, á fin de que las vendiera en Lima y de que nada faltara á su felicidad.

Adriana contó á su vez á Edgardo la formal solicitud de que habia sido objeto de parte de D. Julian. El alférez conocia de antemano la pasion del viejo propietario,

y ambos rieron, aunque con respeto, del sentimiento sincero con que su rival habia querido arrebatarle la felicidad durante su ausencia.

La dicha de los amantes fué completa. Relevado de la guarnicion del buque, Edgardo recibió un ascenso entero, es decir, el título de teniente efectivo que esperaba hacia largo tiempo.

Los dos esposos fueron á habitar dos habitaciones, pobre y sencillamente amuebladas, en las cercanías de Belen.

XII.

A la época de que hablamos, no era Edgardo el provinciano sencillo, aunque experto, á quien hemos visto abrazar la carrera de las armas con un entusiasmo inocente y con un patriotismo de niño. El

adolescente se habia hecho hombre, y su espíritu habia sufrido una trasformacion completa, de que las necesidades de la relacion no nos han permitido hablar hasta ahora.

Hemos dicho que el hijo del capitan Arceles no carecia de instruccion ni de discernimiento. Toda capital es un emporio relativo de civilizacion. Viviendo en Lima con el contacto de nuevos hombres, de nuevas ideas y de inmensas esferas de actividad, el jóven oficial habia sentido la pasion de investigar, de saber y comprender. Su espíritu se habia abierto á la agitacion y á la luz.

Edgardo poseia la reconcentracion de

pensamiento y el entusiasmo, esto es, dos cualidades que pueden hacer de cualquier hombre un espíritu superior.

Para decirlo de una vez, Edgardo se habia hecho profundamente reflexivo, y la reflexion habia engendrado en él grandes y generosas aspiraciones.

Poco tiempo despues de hallarse en el ejército, el contacto de sus compañeros en la intimidad de cuartel le inspiró la conviccion de que el valor y la honradez no bastaban para distinguirse en la carrera militar. El valor es la cualidad vulgar del soldado. La honradez debe ser la cualidad vulgar de todo hombre. Las conversaciones

que nunca faltan entre los oficiales de un batallon sobre los personajes y los sucesos contemporáneos ó históricos del país excitaron su patriotismo. Algunas discusiones acaloradas en que la ignorancia de los hechos lo colocaba en la impotencia de defender las opiniones que sostenia, humillaron su amor propio. Las muestras de aprobacion con que eran acogidos algunas veces los rasgos de su elocuencia natural, instigaron su vanidad. Las luchas oratorias, que á manera de episodios de familia se promueven en los colegios, donde se forma el espíritu, ó en los cuarteles, donde se tiene siempre viva la imágen de la patria, revelan y exhiben de antemano á los hombres del porvenir, inspirando el amor á las convic-

ciones sinceras y á los grandes hechos de virtud. Edgardo se propuso conocer detenidamente la historia de su patria.

En las sencillas narraciones de Garcilaso y en los cuadros coloridos de Robertson y Prescot, el jóven oficial contempló abismado la noble y gloriosa civilizacion de los Incas, no trasplantada como todas las civilizaciones antiguas y modernas de la Europa, cuyo intinerario nos marca la historia, sino nacida de sí misma como la luz de la nada. Admirando las proezas titánicas de los hombres que trajeron al Perú la bandera conquistadora, cuya raza forma hoy el elemento mas activo, mas ilustrado y mas civilizador de nuestra nacionalidad,

Edgardo lloró y comprendió el estupor de la raza primitiva al ver en un solo dia destruido el imperio, degollados sus reyes, condenada su religion, derribados sus altares, perdidos sus dioses, y cuya conciencia, al contemplar destruido lo que ella creia indestructible é imperecedero, sintió de repente que le faltaba toda base y cayó, en medio de este cataclismo universal, desquiciada, aturdida y espantada como en el caos del vacío.

La gloriosa epopeya de la revolucion de la Independencia infundió en su alma el amor sagrado de las glorias del Perú y de América. Edgardo vió en esa epopeya, no la resurreccion exclusiva de la nacionalidad

india, sino la aparicion de una nacionalidad moderna, engendrada por los elementos simpáticos de dos razas llenas de bellas cualidades y de nobles tradiciones. Los episodios locales y los hechos hermosos de la revolucion lo entusiasmaban y enternecian. El jóven oficial devoraba las páginas de esa leyenda, no solo con la meditacion con que se lee la historia sino con el fuego santo con que se lee un poema. Bolivar y San Martin eran para él dos gigantes inconmensurables, dos guerreros homéricos, dos espíritus de los antiguos tiempos reaparecidos en los tiempos modernos para llenar una mision providencial en el Nuevo Mundo. San Martin arrastrando sus legiones con el aliento de su corazon por las gargantas de

los Andes y proclamando en las plazas de Lima la independencia de una nacionalidad; Bolivar jurando una tarde sobre las ruinas de la antigua Roma la libertad de América, y gritando á sus soldados en las altas planicies de Junin : — « Vosotros sois invencibles! » eran dos figuras ante cuya audacia sublime soplaban en su espíritu, si nos es permitido expresarnos así, huracanes de patriotismo.

El torbellino de los hombres y de la historia contemporánea pasó á sus ojos como un vértigo. Edgardo no vió en él sino el encadenamiento fatal de los malos gobiernos engendrando las revoluciones, y de las revoluciones engendrando los malos

gobiernos. Ante esa serie de poderes efímeros, nacidos de un tumulto popular, de un motin de cuartel ó de una legalidad, siempre dudosa, gobernando al acaso sin plan preconcebido ni sistema y ordinariamente encomendados á hombres educados en las campañas y admirados en los combates, como si el patriotismo bastara para saber gobernar, su corazon sufrió de desesperacion y de impotencia.

Un hecho hirió profundamente el espíritu del jóven militar en esa historia de gobiernos y de revoluciones que han devastado, ensangrentado y mantenido el Perú en la infancia de su civilizacion. Edgardo no pudo comprender la insensatez de los

hombres que, llevados á las escalas del poder y derrocados de él sucesivamente, persiguen, encarcelan, destierran y fusilan para verse á su vez en la persecucion, en las cárceles, en el destierro y en el patíbulo. En la adversidad claman por el respeto á la majestad de la ley, y en el poder la olvidan ó la violan hipócritamente: caidos se irritan contra todo acto de violencia, y elevados los aprueban y los justifican. Sin que lo efímero de los poderes les inspire la conciencia de la inutilidad de tantos esfuerzos ni de tantas lágrimas, parecen niños soberbios ó idiotas que juegan con el destino de un país ante un lago de sangre, olvidados de que la Providencia les inflige á cada instante la pena del talion.

Edgardo se sintió aterrado ante ese círculo fatal de dolores, de sangre y de tribulaciones, que nada crea, que nada consolida y de que no queda sino el recuerdo. El jóven teniente no maldijo sin embargo del pasado ni desesperó del porvenir. A pesar de sus agitaciones sangrientas, de su descompaginacion política y de sus defectuosidades sociales, Edgardo amó el turbulento Perú de nuestros dias, no solo porque habia nacido en él, sino por las aspiraciones impacientes de la sociedad entera al bien, al perfeccionamiento moral, á la solucion de los grandes problemas materiales, á la caridad, á la grandeza y á la gloria.

Sea por una conviccion legítima ó á causa

de predisposiciones anteriores, el oficial moqueguano creyó ver que el Perú habia estado próximo á salvarse en una de esas convulsiones desesperadas, no muy distante de nuestra época : la dictadura de Salaverry. No olvidemos que Salaverry era una vision guerrera de su niñez. Los arrebatos patrióticos del niño vinieron á idealizar al personaje en las convicciones del hombre. El fin trágico del héroe aumentaba el sentimiento de admiracion por el drama breve, pero deslumbrador y grandioso, de esa existencia segada en la flor de sus dias. Salaverry tenia como una apoteosis en el corazon de Edgardo.

Esta pasion retrospectiva por el dictador del 35 era casi un culto. El jóven ofi-

cial sabia de memoria todas las proclamas bélicas de su ídolo histórico, llenas en verdad de arranques inspirados, y repetia sin cesar estas patéticas palabras que el vencido de Socabaya escribia á su esposa, momentos antes de marchar al patíbulo, en su capilla de muerte: — « Te he querido cuanto se puede querer, y llevo á la eternidad el pesar profundo de no haberte hecho feliz. Preferí el bien de mi patria al de mi familia, y al cabo no me han permitido hacer ni uno ni otro. »

No es posible en efecto encontrar en la historia un rasgo de elocuencia militar é íntima mas acabado, mas desgarrador, ni que revele con mas sencillez todo lo que hay de

aspiraciones generosas y de emociones trágicas en esas catástrofes horribles que la Providencia reserva á los grandes destinos. Cada vez que Edgardo recitaba esas palabras, pasaban por su alma tristezas irrevelables, y se estremecia con la idea de las angustias supremas del patriotismo vencido é impotente ante la muerte inesperada.

Antes de volver para casarse con Adriana, su padre le habia regalado un bello retrato de Salaverry, de entre los muchos que poseia. Edgardo habia tenido la caprichosa idea de colocarlo en su dormitorio, al frente mismo de su lecho.

Un dia cayó en sus manos la historia de la

Revolucion francesa. Este libro le enseñó los grandes principios de las sociedades modernas, de los cuales solo habia oido hablar vagamente. La unidad histórica y los grandes progresos de la humanidad se abrieron á sus ojos. Condenando todos lo excesos y los horrores salvajes de la revolucion, Edgardo creyó en sus dogmas inmortales. Su imaginacion exaltada se apasionó del ideal de la justicia. El jóven oficial amó la libertad y la igualdad de todos los hombres con todo el fuego y el delirio de los veinte y un años.

Al mismo tiempo que esas lecturas, la armonía y el sentimiento de algunos versos modernos, que por acaso llegaron á sus oidos, le hicieron desear con anhelo las

dulces emociones de la poesía. Edgardo leyó, ó para decir mejor, recorrió lo que leen todas las almas jóvenes de su generacion. Las robustas estrofas y las bellas fantasías de Espronceda; las románticas leyendas de Zorrilla, desaliñado, pero simpático trovador de dos mundos; las páginas coloridas y por instantes dulcísimas de la *América poética,* ramillete formado con las primeras y mas bellas flores de un mundo vírgen; las armonías sentimentales y sublimes de los poetas franceses modernos, en cuya lengua procuraba iniciarse, pasaron por su espíritu como el ambiente tibio de la mañana por el arbusto que rebosa de savia en los dias de la primavera. Las contemplaciones solitarias y los arrebatos inefables

de la poesía servian de expansion á sus sentimientos y de consuelo á su pasion por Adriana. El alférez Arceles llegó á ese momento de la vida en que se ama todo lo bello, todo lo noble, todo lo grande en que el alma sueña y el corazon canta.

La actividad de su juventud se compartia entre su vida de soldado, las emociones patrióticas y románticas de sus lecturas y sobre todo en la efusion ciega y reconcentrada de su amor por Adriana.

La casualidad quiso que en el buque en que acababa de pasar algunos meses, se ligara con dos ó tres jóvenes oficiales de marina. Estos jóvenes, hijos de distinguidas fa-

milias de Lima, poseian una educacion esmerada y pertenecian á la noble é inteligente falange de la nueva generacion. Todos ellos se encontraban en la misma hora de la vida, con las mismas aspiraciones y con los mismos sueños que Edgardo. La sociedad cordial é ilustrada de estos compañeros de ideas le hizo pensar y comprender la bella mision de la juventud actual. Arceles distinguió sin embargo la juventud turbulenta, apasionada é impaciente de patriotismo, que esperando tal vez demasiado de sí propia, quisiera cambiar la faz del Perú en un dia de revolucion mágica, de esa otra juventud que, abriéndose paso por la propaganda ardiente de las ideas, no solo con la palabra sino con el ejemplo, regenerará el país en

la hora en que el país y el movimiento legal de las cosas la pongan en la prueba de la accion.

Edgardo se preguntó si el mas noble destino de un militar de su época no era el de proteger á esa última juventud y de hacerla una egida con su espada cuando llegara la hora. En el secreto de sus meditaciones el jóven soldado empeñó ante la Providencia la palabra de ayudarla, levantarla y servirla.

En este punto vinieron á reconcentrarse todas sus reflexiones y las aspiraciones de su patriotismo. Pero esas aspiraciones eran meramente pasivas, y mas que un pensamiento fijo representaban una idea vaga

sobre su porvenir. Ni su edad ni lo mezquino de su clase podian prestar alas á su ambicion. Ignorado y humilde, el teniente Arceles se contentaba con pensar de vez en cuando en todo esto como un hombre que sueña. Estas meditaciones, el noble carácter de su carrera y los ímpetus naturales de su juventud mantenian su espíritu en la obsesion constante de los mas elevados sentimientos.

Tal era Edgardo, cuando se desposó con Adriana, realizando el mas bello sueño de su corazon en los últimos meses de 1853.

XIII.

Pero el conjunto de circunstancias que debia exaltar sus mas nobles sentimientos é inflamar su espíritu con todas las llamas devoradoras de la ambicion no estaba muy lejos.

La capital del Perú se hallaba en esa época en una crisis de efervescencia política. Por todas partes se sentian los síntomas de una violenta convulsion popular. Habia en todos los círculos, en todas las conversaciones, en los acontecimientos de cada dia, en los espíritus y hasta en las fisonomías, algo que anunciaba la próxima erupcion del volcan que rugia.

Pocas semanas despues de casado el teniente Arceles, estalló la revolucion de 1854. Al contemplar ese movimiento augusto y popular de nuestra historia, lleno de grandes aspiraciones y hermosas esperanzas, Edgardo se sintió tentado de correr á sus filas. Pero escuchando ante todo la voz de su con-

ciencia militar, permaneció leal á su bandera.

El teniente moqueguano recibió en Saraja su bautismo de sangre. Una herida leve le valió el grado de capitan.

Por un azar excepcional, que respondia á la agilidad de su naturaleza, Edgardo se encontró despues en las alturas de Paucarpata, combatió en las llanuras del norte, volvió á Lima, y emprendiendo con el ejército constitucional la campaña de Jauja, peleó en Izcuchaca. Allí fué premiado con la efectividad de la clase de capitan.

Al regresar del norte y antes de salir

para Jauja, Edgardo habia tenido la dicha de contemplar un bellísimo niño que Adriana habia dado á luz en su ausencia.

Edgardo observaba y meditaba siempre. En su marcha de Lima hasta Jauja, los cerros áridos y tristes, los abismos, los despoblados cubiertos de nieve, los desfiladeros, los puentes primitivos y la rusticidad de las poblaciones de indios le oprimieron el corazon. El Perú estaba menos civilizado y era mas mezquino de lo que él creia. Al atravesar las cordilleras y los llanos, que marcan en gran parte el itinerario del ejército unido de América en 1824, el jóven militar les envió un secreto saludo y se sintió conmovido.

Los dias de inmovibilidad en un campamento son largos, pesados y monótonos. La actividad del soldado, mas que en la accion misma, consiste en hallarse siempre dispuesto á ponerse en accion. Despues de Izcuchaca, y una vez en la expectativa en que se colocó el ejército constitucional, el jóven teniente comenzó á impacientarse. Edgardo no era de esos hombres agitados por la pasion de leer, pero cuando caia en sus manos un libro que lo emocionaba y llegaba á interesarle, la lectura era rápida y la impresion profunda. No queriendo perder su tiempo en el ocio ni en el juego, esa indigna y relajadora distraccion de las clases elevadas de nuestros ejércitos en campaña, el jóven oficial buscó algunos libros

mas por distraerse que por deseo de instruirse. Un viejo vecino de Huancayo puso á su disposicion una coleccion de antiguos libros, que habia heredado de su padre y que yacian en un rincon de su casa, cubiertos de polvo.

La mayor parte de estos libros, de antiquísima impresion, eran traducciones en español de algunos clásicos latinos, entre ellos de Quinto Curcio y de Plutarco, los dos grandes historiadores de Alejandro y de César. El deseo de conocer los dos mas altos tipos militares de la historia del mundo tentó á Edgardo. El jóven oficial sacudió el polvo de este tesoro y se llevó algunos volúmenes.

No era la primera vez que esos libros llegaban á sus manos. Como sucede á todos los niños, los maestros de latinidad habian hecho pasar sus ojos por algunos de sus capítulos. Pero los maestros de latinidad solo hacen ver en ellos textos muertos y banales de una trasposicion de palabras latinas y de una traduccion obligatoria. Sin explicaciones cronológicas, sin saber quién habla, con qué pensamiento, de quién ni de qué se habla, la imaginacion del discípulo, que por su edad necesita mas que nunca de comentarios orales, flota en el vacío de una historia sin antecedentes, y no comprendiendo el sentido vago é incompleto de las frases ó no pudiendo reconstruir el órden ni la significacion de los he-

chos que alcanza á comprender, termina por detestar al profesor, maldecir el texto y concebir una repugnancia profunda por los estudios de latinidad. Sin estos inconvenientes, Edgardo pudo conocer, en medio del reposo á que se veia condenado, lo que representaban en la historia los nombres guerreros de Alejandro y César. En seguida leyó la historia de Napoleon. Una estadística comparada de la prosperidad maravillosa de algunas ciudades de los Estados Unidos con las mas pujantes ciudades de Europa completó la serie de lecturas que hacia el bizarro capitan, ya aislado en un rincon de su cuartel, ya en los altos de una pequeña marcha, ya tras de los matorrales ó sobre el peñasco de

un camino en un puesto de avanzada.

El capitan Arceles se hallaba absorbido en estas lecturas cuando acaecieron los movimientos estratégicos que dieron por resultado la imprevista retirada del ejército constitucional á Lima.

Edgardo acababa de recibir una carta de Adriana en que esta le anunciaba haberle sobrevenido una de esas enfermedades que suelen afectar á las madres que crian á sus hijos y que las ponen en la imposibilidad de seguir criando.

El jóven capitan volvió con placer á la capital, y entrando de noche á su casa se

apareció de repente á Adriana, que en ese momento se encontraba distraida en un sillon con su hijo en las faldas. El gozo de ambos fué loco. Aunque con todas las precauciones exteriores de una enferma en convalecencia, la jóven esposa estaba ya restablecida y gozaba de completa salud.

Estos fueron los primeros dias de calma y de felicidad que en un año que llevaba de casado tuvo Edgardo. Sus deberes militares no le habian casi dejado tiempo para saborear las delicias del hogar. En cambio, circunstancias de otro género vinieron á emponzoñar esta dicha.

El mezquino sueldo de su clase apenas

podia bastarle, en una época normal, para subvenir á todas las necesidades de su casa. Durante los meses que acababan de pasar, sus ausencias habian sido repetidas y su sueldo se habia dividido entre los gastos de su casa en Lima y sus gastos personales. La enfermedad de la madre habia hecho forzoso que se tomara una nodriza: la salud delicada del niño no permitia que se le criara de otra manera. Antes de volver á Lima, Edgardo habia ya ocurrido á arbitrios excepcionales y hecho grandes sacrificios. Adriana habia hecho lo mismo por su parte. El alma del capitan era muy superior á las miserias de dinero, y sin amedrentarse las miró con una sonrisa de desden. Pero dos ó tres semanas despues,

todos los objetos de valor y propios del caso habian pasado de su humilde interior á las casas de préstamo. Poco á poco llegó un momento en que no vió al rededor suyo recurso alguno. La escasez absoluta y la inquietud espantosa de cada dia por el dia de mañana, pusieron pronto ante sus ojos el fantasma lúgubre y real de la miseria.

El jóven oficial ocurrió á sus jefes; pero, á consecuencia de sus deudas de juego, estos se hallaron por desgracia en la imposibilidad de servirlo.

Edgardo se sintió profundamente afectado. Él habia creido sacar á Adriana de la

casi inconcebible miseria en que vivia al lado de su familia, y desde que se habia casado la habia hecho vivir en una miseria tal vez mayor. Este pensamiento lo sumergió en una tristeza desgarradora.

Al mismo tiempo, como habia adquirido algunas relaciones y amigos, Edgardo comparaba secretamente el lujo de las casas á donde iba con la desnudez, las penurias y las tristezas invisibles de su desmantelado departamento. El desórden inseparable de los interiores pobres, en que todo se aja y se trunca y en que unos objetos van cayendo á pedazos por falta de otros, le inspiraba cierto malestar no solo físico sino moral. Todo esto acrecentó en el jóven

el sentimiento desolador de su pobreza.

Edgardo se preguntó cuál era su porvenir individual y si estaba condenado á vegetar en las filas del ejército con un sueldo siempre escaso y á vivir siempre en la estrechez y en la miseria.

La verdad es que Arceles habia cometido una grave imprudencia casándose sin contar con otros recursos que el débil sueldo de su clase. La rectitud de su criterio no tardó en hacérselo comprender. En medio de sus tribulaciones, Edgardo pensó con amargura en el bello porvenir que habria podido ofrecer á Adriana si hubiera consagrado toda la actividad de su juventud al comercio, á la industria ó á la agricultura

en un rincon de su provincia. Por desgracia no solo era ya demasiado tarde, sino que los sueños de ambicion y patriotismo o encadenaban fatalmente á la carrera militar como el único medio de satisfacerlos.

Entonces se efectuó en él una revolucion profunda. Un soplo de ambicion febril pasó por su ser, y su corazon se inflamó como una hoguera.

Pero Edgardo no ambicionó por egoismo. El jóven oficial no concebia la fortuna y la opulencia sino como recompensa del deber cumplido. Los ascensos, los honores, los altos puestos, nada significaban para

él sin acciones que los inmortalizáran ó los merecieran. A su ambicion se mezclaron los mas generosos sentimientos de su alma.

La patria era su religion : Adriana era su ídolo. Al pensar en medio de las tribulaciones de su pobreza en el porvenir de su esposa, y en medio de las emociones políticas de tan graves momentos en el porvenir de su patria, Edgardo clamó al cielo con todos los gritos de su corazon y sintió en sí mismo las fuerzas necesarias para luchar contra el destino. Excitadas por este doble sentimiento del deber y del porvenir personal, las mas altas é impetuosas aspiraciones desbordaron en su espíritu como un

torrente contenido. Edgardo ambicionó milagros de engrandecimiento y de civilizacion para su país; tesoros y opulencia para la mujer que amaba.

El grado de sarjento mayor, obtenido por un nuevo acto de justicia á sus bellas cualidades de soldado, vino á excitar mas esta disposicion de su espíritu. Su imaginacion suprimió las personalidades y los sucesos del presente y se perdió vagamente en el vacío del porvenir.

La historia de la antigüedad le habia inspirado el deseo de las grandes virtudes. Las comparaciones desproporcionadas que se habian presentado á su espíritu involunta-

riamente y en secreto, entre los hombres y los hechos de los tiempos que acababa de ver con la imaginacion, y los hombres y los hechos que veia al rededor suyo, y entre las florecientes ciudades de Europa y de América con los caseríos y desiertos que habia atravesado en la campaña, lo habian entristecido; pero al mismo tiempo habian engendrado en su mente sueños de grandeza moral y de prosperidad material para su país. Estos sueños eran como las secas aristas con que se alimentaba todos los dias la ardiente llama de sus ilusiones. En los arrebatos de su ambicion, Edgardo se sintió capaz de cambiar el destino de su patria. El humilde mayor se soñó héroe y regenerador del Perú.

Por el prestigio particular á las naturalezas nerviosas y exaltadas, todo lo veia realmente, como si algunos dias despues fueran á realizarse sus esperanzas. El delirio secreto llegó á apoderarse de su cerebro, y comenzó á sentir con una intensidad espantosa. Todas sus alucinaciones eran vértigos de gloria. Unas veces se le imaginaba ver su nombre inmortalizado en el porvenir de América, creia oir los aplausos embriagadores de la multitud y contemplaba tendidas ante sí mil coronas de laureles inmortales. Otras veces, Alejandro, César, Washington, Napoleon, Hernan Cortés, San Martin y Bolivar desfilaban ante él sobre caballos blancos como armiño, coronados de mirtos y transfigurados con la belleza resplande-

ciente de una apoteosis. Avanzándose uno á uno en carrera circular y veloz, como en un juego de equitacion sublime, lo saludaban al pasar y le señalaban el firmamento con sus espadas.

Su fisonomía tomó el reflejo de lo que pasaba en él interiormente; Edgardo entraba á su casa, y sentado al lado de su esposa devoraba algunas páginas de un libro. De repente se levantaba y corria precipitadamente á su cuartel, sin decirla una palabra y como si huyera de lo que leia. Adriana atribuia la alteracion de su rostro y esta brusquedad de movimientos á las preocupaciones de su pobreza.

Por la reconcentracion natural y la ener-

gía de su carácter, Edgardo guardaba el secreto de sus agitaciones y pensaba y sentia en silencio. Algunas veces se le escapaban sin embargo algunas frases que sus compañeros de armas atribuian á las impresiones de la situacion política. Si á pesar de este silencio alguno hubiera penetrado en los secretos íntimos y ardientes del alma de Edgardo, lo habria creido un loco ó un hombre sublimemente inspirado. Habia en las aspiraciones audaces de su espíritu como relámpagos capaces de iluminar el caos moral de una nacion entera.

El mayor Arceles se hallaba en esa hora de heroismo y de abnegacion, única y suprema, que llega á todo hombre á quien

agitan las santas emociones del patriotismo. Si hubiera traicionado á su patria, habria corrido á precipitarse por sí mismo de la roca Tarpeya; como Caton habria preferido el suicidio á la degradacion de Roma, ó como Ricaurte se habria sepultado con los enemigos de la libertad de América bajo los escombros de San Mateo.

El jóven oficial se decia á sí mismo que sus ilusiones no podian morir como los sueños vulgares de los demás hombres, y que todo lo que sentia no podia ser burla del destino ó una ironía de la Providencia.

Tal llegó á ser la disposicon sicológica del espíritu de Edgardo en los dos meses de su

permanencia en Lima. Hemos querido exponer su elaboracion íntima y lenta, porque ella constituye la enseñanza moral de su existencia y el impulso fatal de su destino.

XIV.

Entretanto el ejército de la revolucion se avanzaba casi triunfante hasta Lima, y el ejército constitucional habia salido á cerrarle el paso.

Eran esos dias de lúgubre, silenciosa y

solemne expectativa, en que los dos ejércitos, al fin frente á frente, se hallaban acampados á las puertas de la ciudad aterrada.

El mayor Arceles fué enviado un dia con comunicaciones del cuartel general á Lima. Viendo que podia disponer de una ó dos horas, se dirigió á su casa, entró á ella como un hombre fatigado y se recostó negligentemente en su lecho. Edgardo se hallaba en uno de esos momentos de alegría sin causa, de huen humor y de risueña expansion.

— ¿Sabes, Adriana? — dijo de repente á su esposa en un momento en que jugaba con su hijo, — es necesario que yo trate de avanzar en mi carrera. Soy muy pobre y

quisiera ser rico; soy muy pequeño y quisiera ser grande; soy un simple mayor y quisiera ser un general glorioso. ¿Y sabes por quién quisiera ser todo eso? Por tí, por mi hijo. La miseria en que vivimos me contrista y el porvenir de mi hijo me inquieta. Mira; cuando hablé á mis padres de casarme contigo, me rogaron que renunciara á mi carrera, que te llevara á Moquegua y que me pusiera á trabajar en una hacienda. Pero tú conoces lo que representa la carrera militar para mí. Abandonarla me habria parecido traicionar mi conciencia. Rehusé por este sentimiento de deber y por este amor hácia mi patria, que, como el tuyo, no puedo ahogar ni arrancar de mi corazon. Yo no podria ser feliz ahogando mis mas nobles

sentimientos. Esa felicidad seria el egoismo, y yo me arrepentiria de ella como de un crímen.

Este fué el principio de un diálogo tierno en que Edgardo comunicó á Adriana todos sus sueños, su ambicion y sus esperanzas. La jóven esposa le escuchó embebecida y maravillada ante las perspectivas de felicidad que su marido soñaba para ella.

La conversacion de los dos jóvenes tomó ese carácter de abandono, de secreto y de dulzura, que tienen siempre las confidencias de dos esposos en el fondo tranquilo del hogar cuando se trata de los proyectos del porvenir. Edgardo se hallaba en vena de

elocuencia familiar. Adriana vió al rededor suyo ovaciones, coronas, honores, opulencia, cortesanos, grandezas y gloriosos destinos. Edgardo le habló de representar su provincia en el congreso nacional, de sus triunfos ciertos como orador, de propios y vastos proyectos sobre la educacion intelectual de la clase india y sobre la creacion de poderosos centros de industria en el Perú. En tales casos, la mujer, sin darse cuenta de lo que oye, dudando ó no, sonrie, se entusiasma con el marido, se enorgullece y termina por admirar la nobleza de sentimientos del hombre á quien ha unido su destino. Todas las reflexiones de Edgardo concluian siempre con la consideracion de que era necesario que en la batalla inmi-

nente entre los dos ejércitos se señalara por alguna accion excepcional que hiciera resonar su nombre y que lo exhibiera á la admiracion y al entusiasmo de su país.

Adriana se sintió estremecer á la idea de una imprudencia loca. La jóven habló á Edgardo, con la mas entrañable ternura, de los terrores en que la sumergia cada una de sus ausencias y de la súbita inquietud por su vida que, ante tanto aparato de guerra y de muerte, asaltaba á cada instante su corazon.

La hora de partir llegó, y los dos esposos se separaron despues de haber cambiado el alma en el mas tierno beso.

La aurora del 5 de enero de 1855 habia remontado en los cielos!

Durante las últimas horas de la noche, los cañones habian enviado sus ecos de muerte al corazon de la ciudad. Las torres y las murallas que miraban hácia el campamento se hallaban coronadas de gente. A las siete de la mañana el ejército constitucional estaba vencido: media hora despues entraba fugitivo en grupos desordenados ó por hombres dispersos. Los soldados arrojaban por las calles los fusiles, los pertrechos y todos los objetos de uniforme, pálidos de terror y de fatiga. La guarnicion de la ciudad se habia reunido ante las manifestaciones populares. La ciudad entera estaba cubierta y obstruida por el pueblo

en tumulto y armado con los despojos de los vencidos. Solo se oian gritos de muerte ó de entusiasmo, el ruido de las armas y las carreras de los caballos sobre el empedrado de las calles. La fusilería habia callado en el campo del combate, y al través de nubes de humo y de polvo se veian moverse los batallones vencedores. Las puertas de las casas se entreabrian como temerosas del asalto de una multitud sin freno. El alma amedrentada de las familias se estremecia ante el gran drama de sangre y de desórden que pasaba á sus ojos. Cada esposa se preguntaba por su esposo, cada hermano por su hermano, cada madre por su hijo!

Al saber la derrota la pobre Adriana se pre-

guntó tambien con el espanto en el alma : — ¿Qué habrá sido de Edgardo?

Toda la familia habia venido á acompañarla en sus emociones. Las congojas de la jóven esposa crecian á cada instante.

A las doce del dia Edgardo no habia parecido.

¿Porqué no llegaba? — Las angustias de Adriana fueron superiores á toda reflexion. Edgardo no podia estar sino entre los heridos ó los muertos, únicos que á esa hora quedaban en el campo.

Los excesos infames de pillaje y las vio-

lencias contra los vencidos redoblaron su ansiedad.

A las dos de la tarde vinieron á decirle que los heridos entraban en gran número, conducidos en carretones, por la portada de Guadalupe.

Adriana tomó su pañuelon, casi sin pensar lo que hacia, y acompañada de Bautista se dirigió precipitadamente á la portada. En el pavor de su rostro, en lo desarreglado de sus vestidos y en la agitacion febril de sus miembros se pintaban todos los dolores de su alma.

Despues de un momento de expectativa

vió venir una carreta de oficiales y soldados heridos. Adriana rogó al carretero que se detuviera un instante, y avanzando resueltamente buscó el rostro de su marido. Edgardo no estaba allí.

El segundo convoy de heridos se detuvo tambien á su ruego. Al acercarse Bautista á la parte trasera de la carreta, vió un jóven con un uniforme igual al del mayor Arceles y de un aspecto semejante. Sus piés salian hasta fuera; el cuerpo estaba en parte cubierto por otros heridos, y el rostro pegado al fondo de la carreta y boca abajo. Bautista gritó: — « Aquí está! » Adriana se acercó. Como no volvia el rostro para mirarla, tomó uno de sus tobillos con la mano, y sacu-

diéndolo, lo llamó por su nombre... No era Edgardo sino el cadáver de un desgraciado que habia muerto en el trayecto. La jóven retrocedió aterrada.

No pudiendo resistir por mas tiempo á estas emociones, Adriana volvió á su casa llorando á mares. Al lado de unas esposas y madres agitadas por el entusiasmo y la alegría, otras esposas y otras madres lloraban!

Aunque simple mayor graduado, Edgardo era segundo comandante de un batallon. Antes de entrar en combate, el casco de una granada le habia caido en la rodilla izquierda. El mayor no hizo caso y

montó á caballo. A la primera órden de su jefe cargó intrépidamente con algunas compañías, logrando romper los rangos del enemigo. Pero apenas llegó á retaguardia de la columna que habia desordenado, cayó de su caballo herido y sin conocimiento. El resto del combate pasó á su alrededor, permaneciendo extraño á él como un cadáver.

El jóven mayor habia caido en un potrero no cultivado y casi sin cerco, algo distante del centro del combate. Algunas horas dospues, volvió en sí.

El sol reverberaba ardientemente; el ruido del combate habia cesado; la inmo-

bilidad y el silencio reinaban al rededor suyo. Los dos ejércitos habian desaparecido. Tres ó cuatro cadáveres de soldados, tendidos por tierra mas ó menos lejos, fué todo lo que pudo ver. Edgardo sintió despedazado su brazo derecho y un ardor agudo doloroso en el mismo costado. Tomando aliento se levantó y dió dos ó tres pasos. La rodilla se habia inflamado horriblemente á consecuencia de la contusion, y el dolor fué tan súbito y profundo que, renunciando á caminar, se vió obligado á arrojarse al suelo por sí mismo. Entonces comenzaron para Edgardo esas horas crueles de angustia y de expectativa, que duran siglos para un herido devorado por la sed, torturado por el dolor, condenado á

la inmobilidad, sucio de polvo y de sangre, pegado fatalmente al pedazo de tierra que ocupa y en el suplicio del sediento sin esperanza.

De repente oyó el ruido de un caballo que pasaba. Era una cabalgadura que habia perdido su jinete en la batalla y que vagaba por el campo, suelta y amedrentada todavía por el rápido silbido de las balas. El caballo se detuvo como para reposarse y observar. El herido hizo el esfuerzo supremo que exigia su situacion. La noche podia llegar ó el caballo huir. Arrastrándose lentamente por el suelo durante un cuarto de hora, llegó á los piés del caballo y asió las riendas que caian hasta tierra.

El animal permaneció impasible, como si fatigado de correr al acaso hubiera deseado un jinete que lo condujera. Edgardo se suspendió á un estribo y se levantó poco á poco. Negando en seguida su sensibilidad al dolor, como por un acto sobrehumano, logró montar.

Entre Miraflores y Limatambo encontró unos hombres que le ataron el brazo cuidadosamente, le dieron á beber de una corriente vecina y le aconsejaron que tomara otro camino, pues, segun decian, todos los heridos que entraban por Guadalupe eran asesinados.

Con este aviso Edgardo prefirió dar la vuelta al rededor de la ciudad. Haciéndose

indicar á cada rato por los transeuntes el camino que debia seguir y descansando por momentos, á las cuatro de la tarde llegó á la portada de Maravillas casi sin aliento.

Edgardo atravesó la ciudad con la cabeza casi doblada sobre el pecho, la mirada extinguida y con el desfallecimiento cadavérico de un hombre que marcha al patíbulo ó que viene del suplicio. La multitud lo miraba conmovida y se alejaba de él con respeto. Ese era el mismo jóven arrogante y altivo que algunos dias antes atravesaba la ciudad lleno de ambicion, de sueños y esperanzas. ¡Cuántas ambiciones, cuántas esperanzas y cuántos sueños como los suyos murieron ese dia!

Esta marcha á caballo era un verdadero milagro de voluntad contra sufrimientos increibles. Algunos vecinos que le reconocieron de lejos, entraron corriendo á anunciar á Adriana que Edgardo venia herido. Toda la familia salió al patio de la casa. La puerta de la calle se abrió y el jóven herido apareció á caballo, pálido, vacilando sobre sí mismo, la casaca abierta y rota, los ojos sin brillo y cubierto por todas partes de tierra y de sangre.

Despues de haber entrado lentamente, al llegar á la puerta de sus habitaciones casi no bajó del caballo, sino que se arrojó á los brazos de Adriana, diciéndole :

— Agua ! me muero !

Una junta de facultativos tuvo lugar esa misma noche. Las heridas fueron examinadas y el brazo entablillado y vendado. Los médicos declararon que el problema de vida ó muerte para el jóven militar consistia en saber si la bala, que habia roto el brazo y herido en seguida el costado, habia retrocedido y desprendídose del cuerpo ó se habia caido dentro de él. Era necesario esperar hasta el dia siguiente para fijar su opinion sobre esta alternativa.

Los médicos agregaron que, como era de temerse una funesta eventualidad, seria prudente administrar al enfermo esa misma noche los últimos auxilios religiosos.

Al oir estas palabras, el corazon de

Adriana se cerró á toda idea salvadora y creyó que su marido iba á morir en la noche.

Pero á la mañana siguiente Edgardo vivia aun : no todo estaba perdido : la jóven volvió de su primera impresion y concibió un rayo de esperanza.

Edgardo habia sufrido todas las operaciones de que habia sido objeto en la mas profunda insensibilidad. Desde la tarde anterior le habia abandonado el conocimiento y no lo habia recobrado ni un instante. Solo de vez en cuando abria los ojos como una persona que medita y los cerraba en el acto.

La desolada esposa no se separó de su cabecera durante todo el dia.

Mucho antes de que acabara la tarde, el mayor volvió á abrir los ojos y permaneció en esa actitud mas tiempo que de costumbre. Dirigiéndose en seguida á Adriàna, que acariciaba á su hijo, exclamó :

— Pobre Adriana! pobre mi hijo! pobre de mí!

La jóven se acercó y le dijo con dulzura :

— ¿Porqué te afliges? Los médicos han dicho que tu vida no está en peligro de una manera absoluta.

Edgardo volvió á cerrar los ojos. — Adriana reconoció aterrorizada que la respiracion del herido se habia hecho mas difícil.

Un profundo silencio reinó en el cuarto.

— No, Adriana, dijo Edgardo pocos momentos despues y con la voz desfalleciente; yo no me engaño. Sé que dentro de algunos instantes debo morir. Ese era mi destino. ¿Te acuerdas? hace algunos dias que en este mismo lecho yo te contaba mis delirios de grandeza y de ambicion, y tú soñabas conmigo... ¡Hé aquí el resultado de todos mis sueños!... No llores. Este destino no es solo el mio. Es el de todos los jóvenes de mi época que no puedan arran-

car de su corazon la llama del patriotismo! Todos ellos soñarán, vivirán y morirán como yo... Los mismos viejos servidores de la patria mueren calumniados, con mil sueños de gloria perdidos, despues de haber vivido en la miseria y legando la miseria á sus familias. Yo no muero calumniado porque muero jóven, pero muere conmigo un mundo entero de ilusiones. No me han dado tiempo para hacer nada por la sociedad en que he vivido, ni por tu propia dicha. Ambicionaba para tí tesoros y grandezas, y solo te dejo la viudez y la indigencia. ¿Porqué?... Porque una bala fratricida me esperaba en mi camino: yo olvidaba que he nacido en una triste época y en un país agitado por las

revoluciones políticas y por el idiotismo salvaje de las guerras civiles. Obcecados por pasiones políticas de aldea, nos infamamos unos á otros ó nos matamos como enemigos encarnizados é implacables. Los unos mueren en el fondo de su hogar devorados por las decepciones; los otros en el campo de batalla. ¿De qué sirve que las madres crien y eduquen á sus hijos con toda la ternura de su corazon, si los combates fratricidas vendrán á sepultarlos jóvenes aun? Para qué sirven las aspiraciones generosas de tanta noble juventud, si ella ha de morir triste y sin renombre, falta de esferas tranquilas para su actividad, falta de vida, de accion y de espacio? Y este estado del Perú... de medio América... dura cuarenta

años!... Dios mio!... y él va devorando las generaciones!... Desgraciadas!... desgraciado de mí!...

Las últimas palabras fueron pronunciadas con la dificultad de un moribundo. Edgardo volteó la cabeza y dió una gran intensidad á su mirada como si quisiera reconcentrar en su pensamiento todos los restos de su vida. Por un efecto casual de la tarde, algunos rayos de sol, penetrando en la habitacion por una ventana alta, fueron á iluminar dulcemente el retrato de Salaverry. Impresionado por la luz, el jóven fijó en él la mirada. El delirio de la muerte agitaba su cerebro. De repente trató de incorporarse, y dominado al parecer por una

alucinacion, medio echado, sentado á medias, con el último estertor de la vida y como si hubiera hablado á un espectro, exclamó :

— ¡Salaverry! Salaverry! muero jóven como tú, pero sin gloria! Yo comprendo en este instante mas que nunca la sublime significacion de tus palabras... « Preferí la felicidad de mi patria á la de mi familia, y al cabo no me han dejado hacer ni la una ni la otra... » Ese grito imperecedero de desesperacion no es solo tuyo; es mio tambien. Ese es el grito de una generacion entera... no!... no!... de dos generaciones; la que ha pasado y la que pasa.

La tarde estaba llena de solemnidad y

de misterio. En el barrio reinaban la tranquilidad y el silencio. En el campanario de la iglesia vecina tocaban á muerto.

En seguida con los ojos volteados hácia su hijo que dormia en un rincon del cuarto y como viéndolo al través de las sombras de la muerte, continuó :

— Dios mio! que ese no sea el grito de la generacion que viene!

Sus labios se estremecieron imperceptiblemente; sus párpados quedaron suspendidos sin acabar de cerrarse, y su faz lívida pareció dilatarse como bajo una sombra.

Edgardo murió con la cabeza sobre el corazon de Adriana.

La viuda del capitan Arceles volvió á vivir al lado de su familia. Sin separar al hijo de la madre, los padres de Edgardo se han encargado de la educacion de su nieto. Favorecidos por la fortuna, no han olvidado que Adriana era pobre y han sabido recompensar las virtudes de la jóven madre.

Bella y hechicera aun, como en los mas venturosos dias de sus amores, Adriana ha sido fiel y lo es aun á la memoria de Edgardo.

Cármen se casó con el mismo jóven marino que habia acompañado al subteniente Arceles en su excursion furtiva á Miraflores.

Todo esto ha cambiado la posicion de la familia Lorbéza. Despues de largos dias de trabajo y de infortunio, han venido los dias de calma y de felicidad.

FIN.

AMOR DE NIÑO

JUGUETE ROMÁNTICO

POR

LUIS B. CISNEROS.

1864.

AMOR DE NIÑO.

Se llamaba Ricardo. Contaba apenas siete años. Tenia los ojos azules y el rostro pálido. Sus cabellos negros, crespos y lustrosos flotaban sobre sus sienes y su cuello en hermosos rizos. Era imposible verle sin acariciarle ni oirle hablar sin sonreir y sin amarle.

Su madre, tipo de bondad y de dulzura, le llamaba siempre cuando, al brillar los últimos resplandores de la tarde, correteaba con los niños de la vecindad en el patio de su casa :

— Ricardo !

— Mamá, respondia desde lejos una voz límpida y plateada.

Los tristes sones del Ave María se desprendian en ese instante de las torres de la ciudad, y la ciudad enmudecia.

— Ven á rezar la oracion.

Y el niño obediente venia con las meji-

llas sonrosadas, jadeante, con los cabellos desarreglados y el vestido descompuesto á arrodillarse á los piés de la que le llamaba.

Su fisonomía tomaba en ese instante una expresion indescriptible. Olvidado completamente del juego y de sus compañeros, con el rostro iluminado, con los ojos levantados y fijos en los de su madre, parecia absorto en la oracion. Sus labios murmuraban el rezo lentamente como si pensara lo que decia y como si hubiera sentido lo que pensaba.

Ella le tendia la mano. Él la besaba con efusion, aunque precipitadamente, y salia corriendo.

.·.

El padre de Ricardo era un rico negociante italiano. Establecido en América hacia muchos años, se habia casado en Lima por amor, y aunque se creia dichoso, recordaba siempre el cielo de su patria con pesar y con profunda melancolía.

¡Adorable capricho de la naturaleza! los hermosos ojos del hijo tenian la expresion tierna y dolorosa de ese sentimiento del padre y el azul límpido y sereno del cielo cuyo recuerdo le entristecia.

El chiquillo era una mezcla encantadora de dos tipos: en su cuerpo se revelaban la gracia de contornos, la viveza de ademanes y la negligencia de actitud del tipo limeño;

en su rostro se veia la pureza de formas, la dulzura y la radiante mirada del tipo italiano. Entre las cualidades morales de este último podian contarse una pasion loca por la música y la admiracion instintiva por todo lo bello.

Su padre se habia casado, jóven aun, con una de las mas distinguidas y afamadas bellezas de su época. Los ardientes amores que habian precedido á su matrimonio habian durado cuatro años. Los obstáculos vencidos, los billetes y los juramentos cambiados al través de las rejas y de los muros de un monasterio hicieron gran ruido en Lima. La pasion habia sido borrascosa y romántica.

Diez meses despues de casados, la hermosa limeña daba á luz un robusto niño con un rostro tierno, risueño é ideal como el de esos ángeles que Rafael solia pintar en las apoteosis accesorias de sus vírgenes inmortales.

Fruto de un amor romanesco, impetuoso y reconcentrado durante cuatro años de penas y de lágrimas, el corazon de Ricardo estaba preparado para una intensidad de sentimientos, extraños en un niño.

.˙.

¿Porqué cada vez que Virginia venia á tocar un instante en el piano de la casa,

corria Ricardo á colocarse de pié junto á ella? Apoyando su cabeza sobre una mano en el ángulo del piano, los negros y abundantes rizos de su cabellera se desprendian y deslizaban entre sus dedos. Con sus grandes ojos azules clavados en Virginia, el niño la contemplaba tristemente y escuchaba en silencio.

Sus padres y Virginia misma lo observaban y sonreian.

Virginia era hija de un alto funcionario público de Trujillo. Instalado transitoriamente en Lima como senador de su departamento, habitaba los altos de la casa con toda su familia.

Rayando en la aurora de los diez y ocho años, dotada de una cutis blanca como el alabastro, Virginia poseia una belleza suprema al mismo tiempo que dulce y simpática. La regularidad de sus facciones era acabada, y habia al rededor de toda su persona como una atmósfera de luz y de armonía. Por la dulzura ingenua de sus sonrisas y por sus frases sentimentales se adivinaban los tesoros escondidos de entusiasmo, de bondad y de ternura que encerraba su corazon.

Cuando la bella jóven provinciana acababa de tocar el piano, tomaba entre sus manos las del niño y le contaba con una gracia encantadora una de esas historietas

que hacen sufrir, estremecer y llorar á los seres inocentes de la edad de Ricardo. Otras veces eran anécdotas infantiles y chistosas sin otro objeto que el de hacerlo reir para admirar su rostro de ángel en la plenitud de la animacion. Ricardo reia con el abandono de la infancia, y Virginia contemplaba, cada vez mas extasiada, los dos arcos de perlas diminutas, iguales y centellantes que resaltaban tras de sus labios como engastadas en dos círculos de coral.

La jóven besaba al niño en la frente, se levantaba y salia.

Ricardo la acompañaba hasta el corredor, y solo volvia á entrar cuando Virginia ha-

bia acabado de subir la escalera y desaparecido á sus ojos.

¿Qué pasaba en ese instante en el alma del niño?

* * *

¿Os acordais de vuestra infancia? ¿Habeis sido uno de esos niños tímidos, reconcentrados y contemplativos, ó uno de esos chiquillos locos y aturdidos que, al entrar en la vida, parecen poseidos del vértigo de las primeras impresiones? ¿No habeis sentido en vuestros años de inocencia la atraccion vaga y misteriosa de la mu-

jer? ¿Niños no habeis amado como niños? ¿No vísteis jamás penetrar en casa de vuestros padres una mujer de facciones virginales, de líneas de estatua, vestida de blanco, coronada de rosas, serena, majestuosa y radiante como una vision de los cielos? ¿Impulsados por la curiosidad no fuísteis á tocar sus vestidos con vuestra propia mano como para convenceros de si era una mujer igual á todas las demás? ¿No presentísteis en esos instantes algo de lo que habeis sentido despues? ¿No os dijísteis de una manera vaga é indefinida que vuestra mayor felicidad, cuando fuérais hombres, seria la de pasar toda vuestra vida al lado de esa aparicion sobrehumana? ¿No balbuceásteis tímidamente este pen-

samiento al oido de una antigua criada de la casa que sonrió de vuestra confidencia y se burló de vuestra ingenuidad? ¿Su figura no quedó grabada en vuestra mente como una sombra de esos países y campos encantados de que se habla á los niños? ¿No os asaltaba su recuerdo y no la recordábais con ternura? ¿Niños, habeis amado como niños?

La candorosa simpatía de Ricardo por Virginia habia comenzado de la manera siguiente.

La familia trujillana estaba invitada una noche por la mujer del negociante para ir al teatro. A la hora señalada la familia bajó en grupo para reunirse á su amigo y entró en el principal.

Ricardo jugaba en el patio. Al ver pasar este grupo de personas cubiertas de bellos adornos y de vestidos ricos y brillantes, se quedó deslumbrado y sorprendido. Por curiosidad y por admiracion el niño entró con la familia hasta el dormitorio de su madre.

Virginia se colocó ante el gran espejo de un ropero para arreglarse con mas armonía

el sencillo collar que adornaba su cuello de Venus. Dos luces, colocadas á los extremos, iluminaban su rostro con plena claridad.

Ricardo se encontraba detrás de ella y se habia quedado contemplando en una actitud de éxtasis la imágen de la bella provinciana reflejada en el espejo. Un momento despues se acercó á ella y tomando uno de los pliegues de su vestido, sin saber lo que hacia, le dijo con un acento lleno de gracia, de ternura y de humildad infantil:

— ¡Qué linda estás, Virginia! ¿A dónde vas?

El tono indefinible con que fueron pronunciadas estas palabras produjo el estallido de una carcajada unánime.

Virginia desprendió su vestido de la mano del niño y le contestó con dulzura :

— Vamos al teatro.

Cuando Ricardo se acostó esa noche, preguntó á la criada que le acompañaba qué cosa era el teatro. La pobre criada, que tampoco lo sabia, le habló de un lugar resplandeciente de belleza donde se oia una música celestial.

Impresionada por esta descripcion mara-

villosa y sin forma, el alma de Ricardo comenzó á soñar y á sentir con ese desvarío absurdo y lúcido de que solo es capaz la imaginacion de un niño. Con los ojos fijos en el cielo de su lecho y como si se hubiera hallado lejos del mundo y en las alturas del espacio, Ricardo vió abiertos ante sí firmamentos radiantes é iluminados por prismas de colores; presentándosele todo de una manera confusa y extraña, quedó absorto ante risueñas perspectivas cuyos paisajes cambiaban á cada instante; el niño se encontraba bajo las mismas impresiones que el hombre que, despues de un dia de borrasca en las soledades del mar contempla, al caer la tarde, los vivos matices, los informes dibujos y el

movimiento majestuoso de las nubes en la bóveda del occidente; misteriosas y divinas armonías llegaban á sus oidos; nubes de armiño, deslizándose lentamente, llevaban sobre sí fantásticos grupos de danza que se destacaban con suaves coloridos en el fondo azul de los cielos; hermosas ninfas, medio cubiertas por arreboles de oro y coronadas de rosas, pasaban cantando y vaciaban en el espacio cestos de flores que al caer se convertian en estrellas.

Esta vaga idealizacion del teatro no era en realidad mas que la idealizacion del lugar en que Virginia debia encontrarse en ese instante, ó mejor dicho, era una apoteo-

sis infantil de su imaginacion á la vision divina cuyo recuerdo no podia borrarse de su espíritu.

Ricardo se quedó dormido contemplando la imágen de Virginia reflejada en el espejo del ropero.

* * *

El que queria alcanzar algo de Ricardo no tenia mas que pronunciar el nombre de Virginia. El niño cesaba de murmurar, reflexionaba un instante y obedecia resignado.

Virginia cayó gravemente enferma.

Los facultativos comenzaban á temer por su vida.

Una noche — era la noche en que el peligro parecia mas inminente — los médicos habian recomendado á la enferma la mas completa quietud. Virginia se habia adormecido. A fin de evitar todo ruido en torno suyo, todas las personas de la familia se habian alejado del dormitorio reuniéndose en la sala.

Eran las doce de la noche. Los padres de Ricardo habian salido á hacer algunas visitas, y antes de recogerse subieron para informarse del estado de Virginia.

Tanto ellos como la familia del senador

se dirigieron á la habitacion en que la enferma dormia. Al llegar á ella abrieron la puerta suavemente. Una luz cubierta por una pantalla iluminaba la habitacion con una tenue claridad.

Al pié de la cama habia un sillon en el cual se distinguia como el bulto de una persona.

Era Ricardo que velaba á la enferma, pero que, en lugar de velar, se habia quedado dormido recorriendo los grabados de un libro.

Virginia despertó y contó sonriendo lo que habia pasado.

El niño habia entrado de puntillas. Una vez cerca de la cama, se quedó examinando si la enferma dormia. En seguida llevó la mano á la frente de la jóven, y creyéndola completamente aletargada, la besó en la mejilla repetidas veces, y Virginia abrió los ojos. Sintiéndose turbado, él le ofreció cariñosamente de beber y fué á sentarse en el sillon.

.˙.

Los padres llegaron á alarmarse.

Desde ese dia se adoptaron en al casa las medidas mas severas para alejar de la

idea de Ricardo todo lo que pudiera alimentar ese apasionado sentimiento por Virginia, casto, risible é inocente, pero raro y prematuro en un niño.

Bella, simpática, de una educacion esmerada y con un corazon de diez y ocho años, Virginia amaba y era amada.

En los salones de la aristocracia limeña habia encontrado un distinguido jóven de su provincia que concibió por ella una pasion ardiente. La hija del senador le correspondia con toda la efusion de los primeros amores.

La razon y el sentimiento hacian de los

dos jóvenes dos futuros esposos recíprocamente enamorados y felices.

Las cosas no tardaron en arreglarse.

El distinguido provinciano poseia en su país natal algunas propiedades que reclamaban su presencia.

Poco tiempo despues se casaron, y el mismo dia de su matrimonio Virginia y su marido partieron para Trujillo.

Por una imprudente prècaucion, tal vez exagerada, tal vez inútil, los padres de Ricardo le habian ocultado todos los preliminares de este acontecimiento.

La noche en que, al volver del colegio, se impuso Ricardo del matrimonio de Virginia, y mas que todo, de su súbita desaparicion, su llanto fué desesperado y sus gritos de dolor no encontraron consuelo.

Pero sus sufrimientos no fueron ni de una hora ni los de un niño.

Ese llanto se prolongó durante algunos dias por accesos frecuentes.

Ricardo se volvió pensativo. Su carácter tomó cierta tendencia á la tristeza, sus movimientos de expansion y de júbilo desapa-

recieron, y hasta en sus sonrisas se veia una expresion de amargura.

Pocos dias despues, los síntomas de una enfermedad mortal vinieron á aterrar el corazon de los padres.

Ricardo comenzó á caer al suelo repentinamente y sin sentido.

.·.

Pobre madre!

Era una dulce mañana del mes de abril.

Yo habia salido de Chorrillos á caballo.

La grata frescura de la mañana, el deseo de gozar de la verdura y de la sombra de los árboles, y mas que todo, la intencion de comprar algunas flores me habian conducido en la direccion de los tranquilos huertos de Surco.

Al llegar al pueblo recordé que un amigo me habia dicho que la familia del rico comerciante italiano X... se encontraba allí. Mi primer pensamiento fué el de hacerme indicar la casa en que vivia.

Al entrar en el patio de la casa noté que

en el interior reinaba una profunda quietud.

Cuando hube bajado del caballo y me dirigí hácia la puerta de la sala, ví levantarse para recibirme un hombre vestido de luto.

Jamás olvidaré ese instante.

El señor X... se llegó á mí conmovido y con los ojos empañados por las lágrimas. Despues de estrecharme la mano en silencio, señaló á su mujer que lloraba en un ángulo del sofá.

El rostro pálido y desencajado de la señora revelaba el dolor y las vigilias recientes.

Todo esfuerzo para luchar con el destino habia sido inútil. La muerte lenta y esperada habia devorado su presa. Ricardo acababa de ser sepultado esa mañana misma en el cementerio del pueblo.

En las horas de delirio que habian precedido á la agonía, lo mismo que durante toda la enfermedad, el nombre sentido de Virginia habia venido repetidas veces á los labios del desdichado niño.

Los médicos declararon que Ricardo habia muerto de una hipertrofia al corazon.

La tristeza de ese cuadro y la melancolía

de la muerte se apoderaron de mi espíritu. La sensibilidad del hombre seria una palabra vana si las emociones de este género pudieran sufrirse sin que el llanto desbordara involuntariamente.

La madre me contó, con la voz entrecortada por los sollozos, la historia que acabo de relatar.

.˙.

Yo habia oido referir á algunos amigos mios, en el colegio, que á los siete ú ocho años habian estado perdidamente enamorados. Diciéndome á mí mismo que querian

aparentar sentimientos absurdos, siempre habia reido de ellos interiormente.

Pero ante esta relacion de una madre que lloraba sobre la fosa apenas cubierta de un hijo, me sentí impresionado.

Yo me pregunté si la naturaleza, que presenta fenómenos de precocidad en todo, no podia presentar el de la precocidad de sentimientos. Hay niños en que se ven milagros de inteligencia prematura : hay hombres precoces para las malas pasiones y para todos los vicios.

¿Porqué ha de hacer una excepcion la

naturaleza con el sentimiento mas tierno, mas espontáneo y mas santo del corazon humano?

Yo no ólvidé mis flores.

Pero en lugar de llevarlas á Chorrillos, fuí á regar con ellas la fosa de Ricardo.

Antes de alejarme de ella, me arrodillé y deshojé las últimas rosas blancas que me quedaban en la mano sobre su cruz funeraria.

FIN.

Besanzon. — Imprenta de J. Roblot.

Carlos A. Gonzales

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Nov. 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 024 282 899 9